

JORGE EDUARDO EIELSON

El cuerpo de Giuliano

Novela



Lectulandia

Encarnación de la belleza y del amor, Giulia representa para Eduardo, el protagonista de esta novela y *alter ego* del autor, la búsqueda de los ideales artísticos. Sin embargo, la armonía queda irremediabilmente rota a partir de la aparición de Giuliano, cuyos oscuros tentáculos terminan por convertir el Gran Traje de Seda que cubre a la hermosa Giulia en un lienzo mortuorio. Ahora, entre callejas y canales de Venecia, se pasea el alma sonámbula de Eduardo intentando reconstruir ese tiempo irremediabilmente perdido.

Novela de la ambivalencia, de las ambigüedades de la vida, es también el balance de un hombre que no supo abandonar su adolescencia ni asumir un rol en la sociedad organizada; una meditación ante la muerte y una búsqueda desesperada de la verdad en dos niveles aparentemente inconciliables: el amor y el lenguaje. Giulia y Giuliano no son sino las dos imágenes de que se sirve el autor para describirnos la frustración y el fracaso del lenguaje escrito.

Lectulandia

Jorge Eduardo Eielson

El cuerpo de Giulia-no

ePub r1.0

jugaor 23.04.15

Título original: *El cuerpo de Giulia-no*

Jorge Eduardo Eielson, 1971

Cubierta: *El cuerpo de Giulia-no*, performance de J. E. Eielson presentada en la Bienal de Venecia de 1972

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Lo que hace que yo pruebe un gran dolor es que poseo un cuerpo. Si no tuviera cuerpo, ¿qué dolor podría yo probar?

LAO TSE

1

Cuando te pescaron en el Canal, La Salute amanecía, Tintoretto desplegaba sus velas, los turistas al acecho se mordían los labios. ¿Con quién fue la cita esta vez, Dogaresa? ¿Te fotografiaron al fin, como tanto habías deseado, con tu Gran Traje de Seda, tus cabellos rojos, tu adorable silueta tendida en el pantano? Tenías los labios pintados y sonrientes, el cuerpo blanco desnudo sobre la mesa de mármol, en la morgue de Venecia. No me decías nada, como siempre. Muy rara vez te oí hablar de ti misma. Generalmente tu voz no era sino el eco de mi propio pensamiento. Te desvelabas con frecuencia y cuando yo nervioso incomodado encendía la luz y te miraba tú me pedías perdón con tus dos ojos verdes de animal enjaulado te estrechabas contra mis hombros casi cubierta por tus cabellos y sólo entonces te adormecías sin moverte y casi sin respirar mientras yo te volvía la espalda con los ojos empapados. «Giulia es el arcángel que visita al condenado a muerte», me decía.

Pero me desesperaba aún más ante la posibilidad de no volverte a ver, puesto que la presencia de un arcángel es forzosamente pasajera. ¿Había acaso pensado en mi propia muerte? ¿O tan sólo en tu misterioso pasaje por mi pensamiento, por mi cuerpo, por mi lecho siempre revuelto, por los huevos fritos que eran lo único que sabías cocinar?

No, creo que nunca, ni un solo instante pensé en mi propia muerte. Era como si tú misma te hubieras apoderado de ella, para asumir tú sola y tan sólo tú sola la responsabilidad de ese miserable acontecimiento.

Una suerte de luminosa gravedad invadió siempre mi cuerpo mientras estuviste a mi lado; una suerte de opacidad, peso y volumen terrestres que nunca había logrado percibir antes, pero que tú parecías arrebatar-me continuamente. Tanto que, hasta en los pequeños detalles cotidianos, todo el planeta parecía inclinarse a tu lado, dejándome a mí suspendido en un inanimado, ridículo vacío.

Si había gracia en ti, Dogaresa, era porque justamente, por ejemplo, tú sabías siempre dónde y cuándo apoyar la punta de los pies o los talones cuando caminabas. O cuando encendías un cigarrillo y lo colocabas en la comisura derecha de tu boca eternamente pintada y lo encendías con una cerilla apenas sostenida entre el pulgar y el índice y lo encendías lentamente muy lentamente lo encendías totalmente profundamente como quien enciende un volcán y una vez encendido arrojabas el humo hacia la izquierda de manera de no turbar nunca la delicada simetría de ese rito y así sucesivamente un cigarrillo después de otro sin la menor interrupción hasta que me dejaste.

Te vi por última vez en la playa, tendida sobre la arena con los ojos cerrados.

—Es tarde, Giulia —te dije—, el sol está bajando y hace frío. Vámonos.

(Pero el Papa —todo el amor del mundo— se sentó a tu lado y disponiendo con gran cuidado los pliegues de su capa blanca quitándose con parsimonia la mitra de seda blanca de mística flora dorada y casulla y estola de idéntico modo bordadas Su Santidad se sentó a tu lado.

La mano enjoyada del Papa ante ti una cruz sostenía. «Hija mía el Señor es tu Dueño tu Protector y tu Guía y esta playa bendita en que ahora yaces es su Reino».

Corte. Escena 2, toma 3. «La Conquista del Perú»).

—Es tarde, Giulia —te repetí—, el sol está bajando y hace frío. Vámonos.

Tú te incorporaste, te anudaste los cabellos con gran cuidado y me seguiste sin decir palabra.

Cada vez que la solicitud y la obediencia se han posado sobre mí como una mosca, yo me he sentido con derecho a triturarla. Contigo yo sentí también esta necesidad cruel de paz: la paz representada por la desaparición de tu cuerpo, verbigracia mi cuerpo.

Pero mis palabras no podrán nunca formular ese vacío, puesto que ahora tu cuerpo mismo depende de estas palabras: puedo humillar tu memoria o ensalzarla, venerarte como al arcano hecho hembra, conservar tu Gran Traje de Seda en un altar o arrojarlo a los perros. Pero tu muerte no será inútil. Hay varios millones de muertos en el mundo que no saben leer ni escribir —por ejemplo— ni tienen qué comer, pero no son inútiles.

—Es tarde ya —te había dicho—, el sol está bajando y hace frío. Vámonos.

Tú te incorporaste, te anudaste los cabellos con gran cuidado y me seguiste. Mientras te vestías en la cabina se me ocurrió decirte algo que hasta entonces nunca había pensado confesarte.

¡Cuántas veces había volcado en ti toda mi sed y mi esperanza inextinguibles! Te había sentido muy cerca entonces y tu complicidad me había hecho feliz, ¿recuerdas?

Aquellas veces salíamos de nuestra guarida dispuestos a incendiar el mundo, a destruir las arcas municipales, a masacrar la burguesía reinante, a saquear tiendas de joyas y vitrinas de alimentos. Pero no nos bastaba todo eso. Necesitábamos herir de muerte a nuestros enemigos, desarticular sus viejas costumbres, vivir al margen de su podrida historia, pisotear sus vetustas leyes, sus estúpidos prejuicios, sus insalubres instituciones públicas. Pero tampoco esto bastaba. ¿Cuál sería el límite de nuestra cuantiosa sed, de nuestro agudo amor a la vida, a la libertad, a la salud? ¿Qué sucedería el día que todo fuera conquistado? ¿Quiénes serían los culpables de nuestra

sed aún insatisfecha? Todo no podía concluir un día. Entre tú y yo presentíamos esta carrera sin fin. Cada uno de nuestros actos y de nuestras blasfemias encendía un fuego inextinguible. Disfrazados de delincuentes, de ganapanes sin patria ni familia, de silenciosos espías de la desdicha humana, de artistas fracasados, prostituidos al primer llegado, comprados groseramente con unos cigarrillos, una comida, un vaso de vino, nuestra vida se convertía día a día en una treta insondable, en una jugarreta trágica y vacía.

St.-Germain-des-Prés nos cobijaba, mientras tanto ¿no era suficiente? ¿Recordabas todo esto tal vez, tal y cual como yo? ¿Recordabas quizás a Raymond devorando lentamente lentísimos caracoles en un bistrot de la rue de Seine? ¿Y a Patrick que escondía botellas de Courvoisier en las alcantarillas? ¿Y a Jean-Michel, el fauno que robaba automóviles y replicaba, más velozmente aún, la maldición rimbaudiana? Pero, quizás lo habías olvidado y decidí no decirte nada.

El corredor subterráneo entre París y Venecia se había llenado de ratas nauseabundas, y donde Roma había sido una gran plaza dorada, una parada obligatoria, un desvío inevitable, no quedaba sino un miserable estudio fotográfico y tú posando para mediocres revistas ilustradas. ¿Qué había sucedido, Dogaresa? ¿Qué había sido de nosotros? ¿Qué hacía yo a tu lado todavía, con todas mis flechas en el arco, y ni una sola apuntando a mi pobre tío Miguel? ¡Pobre criatura, perro de mierda, cuánto lo había odiado! ¿Había sido capaz de odiar también? ¿Me acusarían por ello de muerte, de tu muerte, de la misma muerte de mi madre?

—Es tarde ya —te dije—, el sol está bajando y hace frío. Vámonos.

Tú te incorporaste lentamente, te anudaste los cabellos con gran cuidado y me seguiste.

Pancho servía la mesa en silencio. Detrás de la puerta del comedor distinguí a los indios que nos miraban fijamente, en la oscuridad, con las caras aplastadas contra la tela metálica. Yo no dije nada. Observé otra vez a mi tío y de improviso, como en un fogonazo, percibí un gesto cruel en su boca grasienta y manchada de vino artificial. Su nariz afilada acentuaba la dureza de sus rasgos y sus ojos de lobo. Recordé sus apretones de manos, excesivos y sudorosos, con la dentadura amarilla a flor de labios. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Había sido necesario llegar a los 17 años para percibir toda la odiosa autoridad que emanaba de cada uno de sus gestos? Costeño como yo, tenía sin embargo el cuello fuerte y los hombros pesados de los hacendados de la región. Sólo sus ojillos grises y plagados de arrugas finas traicionaban algo que seguramente no venía de la tierra sino de una antiquísima astucia nacida de la observación y el dominio de lo fluctuante, como el océano. Terminada la cena quise levantarme, pero él me detuvo y me invitó a jugar una partida de cartas. Accedí ocultando mi mala gana, y mi tío extrajo un mazo del cajón de la mesa, lo barajó y lo distribuyó con parsimonia. La comida, pesada, me había hecho daño además, pero no dije nada. Lo miré con rencor y me vinieron unos deseos incontrolables de ganarle en el juego. Pero era inútil.

—Tienes suerte en amor, sobrino —me dijo.

Yo casi enrojecí, sonriendo con esfuerzo.

—Me debes ya veinte soles —agregó.

Yo repliqué, diciéndole que pronto los recuperaría, pero terminada una centésima mano hice un gesto de cansancio y traté de incorporarme. Él me detuvo.

—¿Tienes algo que hacer mañana?

—Nada —contesté sorprendido.

—Siéntate entonces y juega, ocioso —mi tío ganaría siempre en tales juegos. Sus artimañas eran ya más viejas que la tierra y yo no podía competir con él. Podía, eso sí, borrarlo para siempre de mi existencia. Porque él podía jugar con la vida de los indios, apoderarse de sus tierras, juntar monedas de oro en un banco de provincia, emborracharse como un odre, insultar a todo el mundo, pero no podía jugar con las palabras, no podía afrontarme en esta partida de revancha en la que yo toda la vida habría de ganarle, aun después de muerto. Campas, amuehas o cashibos no podían subsistir fuera del cono de sombra que arrojaba mi tío, pero sus verdaderas vidas las compartían tan sólo con sus dioses. A ellos iban sus ofrendas de pájaros multicolores, sus olorosas joyas de semillas y dientes de mono, sus miserables muñecas de barro cocido, sus libaciones nocturnas bajo la luna llena. No hablaban mucho entre ellos, pero reían y cantaban siempre, chapoteando sobre sus propios excrementos, devorados por los piojos y la tenia.

¿Qué sabes tú, Dogaresa, de tales santuarios humanos? ¿Los altares de San Pedro enrojecen acaso cuando muere un cashibo en la selva del Perú? ¿Desaparece la sonrisa de La Gioconda? ¿Cae la torre de Pisa? ¿Venecia se hunde un poco más en el pantano que la espera desde hace siglos? Tu Gran Traje de Seda es el luto que yo te impuse para vivir a mi lado. Tú lo aceptaste. Lo arrastraste en las grandes ocasiones: ir al bistrot de la esquina y tomar un rouge y unas papas fritas, por ejemplo. Aceptar la invitación de un gordo insolente que te hacía la corte en mis propias barbas.

A veces hasta comprar una baguette debajo del hotel, con tu Gran Traje de Seda sube y baja por la escalera crujiente y hedionda de orines y humedad. Pero sobre todo aceptar la invitación de un gordo insolente que te hacía la corte en mis propias barbas. Un viejo amigo mío, decía él. Un gordo con hijos, además. Pero con automóvil y cuenta en el banco. Una terrible cosa que sudaba en pleno invierno y se llamaba Giuliano. Es decir Giulia con ano. ¿No te conté nunca quién era Giuliano? ¿Quién había sido antes de convertirse en ese gordo vestido de azul con camisa blanca y zapatos lustrados? Todos los años Giuliano dejaba mujer e hijos en Lima y volaba a París o Roma absolutamente convencido de que yo podía ofrecerle todo cuanto poseía, y que —él lo sabía bien— no era sino tu cuerpo. Como ello no sucedía, me arrastraba siempre a Pigalle o a la Passaggiata Archeologica. Giuliano bufaba e invitaba a diestra y siniestra. Las putas lo adoraban. Las cargaba en el coche y terminábamos en su hotel. Al día siguiente las despedía y me deslizaba a mí también un cheque «para que te comprara ropa, pobre muchacha, se ve que te quiere mucho». ¡Como si tu Gran Traje de Seda no bastara! Y «estos artistas locos que no piensan en el mañana» se miraba en el espejo y yo me arqueaba de náuseas simulando que reía contento y feliz, y él se vestía de nuevo esta vez de marrón color mierda de cerdo cagado por dentro y por fuera y me preguntaba cómo le quedaba esperando que le lamiera el culo y yo se lo lamía porque pagaba anticipado y le decía: «¡Formidable!», y él me invitaba a tomar desayuno sin dignidad de mi parte y sin el menor embarazo de la suya me preguntaba qué cosas hacía contigo en la cama y que cuántas veces te lo metía y si te gustaba chuparlo y si no me ponías cuernos de vez en cuando y si no habíamos probado el ménage-à-trois con otro hombre puesto que a mí me debería gustar y ella ni qué decir. Luego el pobre Giuliano me hablaba de sus millones y de sus fábricas y edificios en construcción y de la santidad de Blanquita, su mujer, y de la fantástica inteligencia de Johnny y Robertito, sus hijos, que ya estaban en la universidad y estudiaban química industrial e ingeniería electrónica en los Estados Unidos, naturalmente.

Giuliano, Dogaresa, es decir tú con ano, con panza, con zapatos lustrados, con millones. Algo incurable. Giuliano, dueño de fábricas de helados y chocolates. De margarina y ladrillos. De puertas y ventanas. Pero, sobre todo de helados y

chocolates. ¡Quién lo hubiera dicho! ¿Sabes tú que era hijo natural de un italiano y una chuncha? ¿Que era casi analfabeto? ¿Que apenas llegado a Lima de San Ramón «una dama de mucho nombre» se enamoró perdidamente de él? Era un muchacho muy guapo, entonces, Giuliano. Las mujeres se morían por él.

3

La hacienda de Giuliano quedaba a poca distancia de San Ramón, el pueblo más cercano a la propiedad de mi madre. Éramos muy jóvenes los dos, adolescentes por cierto, fuertes e inocentes como en todo recuento del pasado. El paisaje hirviente de la montaña había hecho de nosotros dos criaturas complementarias como el blanco y el negro, y todo parecía creado a nuestro alrededor para ser recordado un día, y llorado quizás, en una lejanísima ciudad europea. No nos entendimos sin embargo. En Lima nos vimos una sola vez. Hasta que un día lo encontré en París haciendo derroche de su prosperidad, de su gordura, siniestramente multiplicado por sí mismo, castrado, insolente, vicioso. ¿En dónde estaba el naranjal de su padre? ¿El deslumbrante atardecer de aquel verano a orillas del Tulumayo? ¿Qué había sido de nosotros, Dogaresa? Sibila de Venecia: tú que me vigilas y me ves en todas partes ¿conocerás a Giuliano alguna vez, tal como yo lo conocí hace tantísimo tiempo? ¿Y sabrás quién fue Mayana? ¿No te avergonzarás de mí también, como mi madre? ¿No me insultarás eternamente por mi cobardía, por mi estúpida arrogancia, por el rumoroso fracaso de mi vida? ¿No te destruirá igualmente la incomprensible obesidad de Giuliano? ¿No lo verás nunca como yo lo vi una sola vez: mezcla monstruosa de muchacho y de pájaro sagrado, a orillas del Tulumayo, en aquel atardecer rojizo e instantáneo como un fogonazo? ¿Por qué no era él como Mayana, inalterable en mi memoria, indemne de toda mancha, de toda abyección humana? ¿O tampoco esto era cierto, y Mayana como Giuliano, como mi madre, como tú misma, habrían de hacer de mí un muñeco ruin y destripado? ¿O todo eso se debía sólo al insondable tejido verbal que siempre había alimentado mi existencia y que se había convertido en ella misma?

4

Descubrí a Mayana una tarde, su carita de niña aplastada contra la tela metálica, en la puerta del comedor. Yo le sonreí con simpatía y ella inclinó la cabeza, sin decir nada. Yo no insistí más entonces, pero me propuse acercarme a ella a la primera oportunidad. Ello ocurrió una de esas noches cuyo recuerdo se aleja siempre por temor de enturbiarlo.

Le hice una seña y la atraje a la floresta, hasta el borde mismo del río. «¿Qué quieres?», me preguntó, una vez en el lugar. «Nada», le respondí, y ella se sentó en la arena, dejando que el agua le bañara los pies desnudos. Yo sentía que las palabras sobraban en ese momento. Pero me resistía a tratarla sólo como a una hembra. Por el contrario, ese cuerpo menudo y esbelto, coronado por un casco de cabellos negros, me provocaba una ternura tal que difícilmente habría podido convertir en deseos.

Su fragilidad me desarmaba: tan sólo hubiera querido besarla en la frente y huir luego, avergonzado de mi gesto. Pero sabía muy bien que ella no comprendería ese lenguaje. O tal vez sí. Pero Mayana se daba a mí en ese instante y yo debía tomarla. En silencio contemplé sus pies cubiertos por el agua clara. Le levanté el cushma hasta las ingles y observé la diminuta perfección de su cuerpo de niña. La noche, como Mayana, era de una pureza tal que paralizaba los sentidos, convertía en cristales los apetitos y los humores del cuerpo. Una brisa fresca mecía la copa de una palmera y por encima de ella las constelaciones marchaban más rápidas que el pensamiento sin que yo pudiera apreciar en ellas sino una plenitud que me saturaba sin esfuerzo y que se transmutaba en 365 días, 12 meses, 24 horas y 60 minutos y otros tantos segundos y fracciones de inmovilidad y de esplendor. ¡Incomprensible, estúpido fulgor, asesinato deslumbrante! Un día, quizás, las hordas del cielo nos aniquilarían, se apoderarían de Mayana y yo sería incapaz de defenderla. La sangre de su vientre gotearía sobre mi cabeza, resbalaría por los muros, y yo no podría hacer nada. Nada. Una cuchillada sin fin y ella que se desangraría para siempre. Que se llenaría de gusanos. Pequeña diosa de barro: la Vía Láctea no existe, no existiría nunca para ella. Tan sólo sus excrementos, los excrementos de sus hermanos, los excrementos de sus hijos, barrigones y piojosos, rellenos de yuca y bananas y enormes lombrices y dientes podridos.

—Regresemos ya —le dije— antes de que se den cuenta.

—A Pancho no le importa que duerma en el río. ¡Hace tanto calor en la cabaña!
—me respondió.

Sólo entonces me enteré que había sido prometida a Pancho. No le dije nada más y nos encaminamos a la casa. Un instante después ella se echó a correr hacia la cabaña de Pancho y los demás indios.

5

—¡Chunchos de mierda! —vociferaba mi tío Miguel gritando como un demonio, con los pequeños ojos hinchados por la rabia—. Me pagarán a fin de semana —y les daba empellones furioso porque el trapiche, obstruido aún por el moho y restos de bagazo de la estación pasada, funcionaba malamente. Pancho le dijo que nadie le había ordenado de limpiarlo y mi tío estalló en maldiciones, lo tiró de las orejas y lo arrojó del lugar. Hizo detener la rueda de agua y ordenó que limpiaran el trapiche herrumbrado, que ya casi no funcionaba a causa de su vejez. Los indios cerraron las esclusas y la inmensa rueda de madera se detuvo en seco. Se armaron de herramientas, cepillos y escobas de maguey y comenzaron la limpieza de la máquina, dispuesta bajo un techo de calamina ardiente. Los indios trabajaban sin detenerse, el pecho desnudo y chorreante de sudor. Mi tío Miguel rondaba entre ellos y los regañaba continuamente. En un descuido suyo, uno de ellos empozó las manos y bebió ávidamente un trago de jugo de caña. Los demás, inciertos de mi actitud, me miraron temerosos. Yo fingí no haber visto nada y pregunté a mi tío si podía beber un trago de melaza.

—Es tuyo, ¿no? —me replicó. Y me indicó uno de los toneles. No tenía sed y el sabor dulzón del jugo me repugnaba, pero hice un esfuerzo y bebí un sorbo. Los indios seguían mirándome.

—¡Buena! —dije, incorporándome e invitando al más próximo a beber. Luego invité a otro y a otro.

—¡Fregado el patroncito! —masculló mi tío iracundo, y me dio la espalda sin esperar comentario. Terminada la limpieza, ordenó que abrieran nuevamente las esclusas y el agua, transportada desde lo alto de una cascada a través de un rudimentario canal de madera, irrumpió a raudales y volvió a mover la rueda. Con su rotación una brisa fresca invadió el recinto. Yo me acerqué a ella y la contemplé en silencio: hubiera querido coger un hacha y destruirla esa misma noche, mientras mi tío dormía. Él subió en la tarde a mi pieza y me dijo, sin motivo alguno, que el rendimiento de la hacienda no era tan pingüe como yo podía suponer, que para mejorar la situación era necesario tomar medidas, que ya le había escrito a mi madre al respecto —continuó— pero que hasta la fecha no le respondía, que las cosechas disminuían cada año, que esa tierra contenía arena, que ya lo había dicho mil veces, que habría que sanear el monte lo más lejos posible del río, que de otra manera era inútil continuar.

—Se necesitan fondos para todo eso —lo interrumpí— y ella no tiene dinero ahora —él me miró furioso.

—¡Pues entonces que venda la hacienda, me dé lo que me corresponde y se acabó! —salió de la habitación dando un portazo y no lo volví a ver hasta el día

siguiente. Yo no pude impedirme de sacarle la lengua a sus espaldas. Mil veces hubiera entrado y salido de mi habitación, mil veces habría repetido ese gesto idiota, tal era mi alegría ante sus estúpidos problemas. Estaba seguro además, que mi madre apoyaría mi actitud. Sin pérdida de tiempo le escribí una larga carta, la expedí y al cabo de unos días llegó la respuesta. *Tu tío sabe perfectamente lo que hace —me decía—, estoy segura de que es tu presencia lo que lo irrita. Te ruego no intervenir en sus asuntos ni darles tanta confianza a los indios. Lo mejor será que regreses lo antes posible y dejes actuar a tu tío con entera libertad.*

(Sobre la meseta cubierta de millares de arbustos rojos el cafetal era un inmenso animal descuartizado. A los 10 años me arrastrabas allí, madre mía, me entregabas ya a la bestia. La ceremonia comenzaba al alba. Tú me despertabas. Me lavabas las orejas. Me desayunabas. Dabas órdenes a los indios. Discutías con mi tío. Hacías ensillar los caballos. Elisa para ti, Morocho para mí. Elisa era una yegua blanca, soberbia, de abundantes crines. Morocho daba pena. Caballo sin raza, de patas arqueadas, estómago prominente. Tú subías sobre Elisa. Pancho me ayudaba a montar sobre Morocho y partíamos. El sol se levantaba implacable. Un mar de púrpura nos esperaba tras un puente. Tú descendías de la cabalgadura para cruzarlo.

El puente se balanceaba sobre el río furibundo. El cafetal rugía. Yo creí ver una osamenta bajo sus frutos rojos, pero no dije nada. Tú hablabas con los indios. «¿Cómo iba la cosecha?». «¿Cuántos quintales habían ya en la despulpadora?». «¿Es acaso el hombre el único consumidor de café en este mundo?». «¡A trabajar, a trabajar!». No tolerabas la pereza. Los indios trabajaban doblados ante las plantas. Tú vestías de negro. Llevabas un interminable luto por mi padre. Un sombrero de alas anchas. Me cogías por la mano y me llevabas entre millares de ganglios rojos. El monstruo me daba asco. Me hacía llorar sin motivo. Tú me regañabas, me decías que no era un hombre, que los hombres no lloraban, y yo lloraba más aún. El sol me acribillaba sin remedio y yo lloraba siempre. Pero tú no me hacías caso. En la meseta oxigenada el altar sangriento me esperaba a cada paso. Yo oía tu voz en cada fruto. La tierra era roja. El sol rojo. Elisa y Morocho rojos. Los indios rojos. Tu Gran Traje de Luto rojo, y yo de rojo, de rodillas, a tus pies. Llorando por ti, madre mía. Hacia el mediodía todo había sido consumado. Volvíamos a la hacienda extenuados. Pancho te ayudaba a descender de Elisa. «¿Estaba listo el almuerzo?». Pancho asentía siempre. No decía una palabra. ¿Te temía entonces? Yo no me daba cuenta.

Íbamos a misa los domingos. Tú me vestías de azul con camisa y corbata. Como Giuliano en París. Todo un hombrecito. El padre Bernardo oficiaba en la capilla de la hacienda. Yo casi no lo veía ¡era tan alto y barbudo! Él me levantaba en peso y me besaba, y yo lloraba nuevamente. Lloraba siempre. Tú me peinabas sin cesar. Me lavabas las orejas. Me dabas de comer día y noche. ¿Qué más podía pedirte? Me vestirías de azul con corbata y camisa blanca un día y me casarías con mi prima vestida de blanco vacío con sostén y velo vacíos. Y tú serías feliz entonces. La Marcha nupcial nos acompañaría toda la vida. Y seríamos felices igualmente. Porque así lo habías dispuesto. Y yo sería rico, con mujer e hijos, televisión y automóvil en la puerta. Y tú serías feliz entonces.

Porque así lo habías dispuesto. Seguiría viviendo Elisa, ciertamente. Pero

Morocho moriría, «pobre animal, no valía gran cosa en realidad», destrozado por los murciélagos en el establo sin luz. Y yo lloraría como loco nuevamente. Tú me llevarías al cafetal y el sol me aplastaría sin piedad. «¿Cómo iba la cosecha?». «¿Cuántos quintales había ya en la despulpadora?». Tú batirías las manos como siempre: «¡A trabajar, a trabajar!», no soportabas la pereza. Me arrastrarías de la mano entre los indios cubiertos de sudor. Y yo pensando en Morocho. Llorando inútilmente por mi pobre caballo destrozado. «Hay que poner una luz en el establo», dirías tú, pensando en Elisa. Pero las llagas de Morocho me dolían.

El cafetal me daba asco. Madre mía, ¿qué había sucedido? Mi cabeza reventaba. Hacia el mediodía todo había sido consumado. Volveríamos a la hacienda extenuados. Pancho te ayudaría a descender de Elisa. «¿Estaba listo el almuerzo?». Sudabas copiosamente. Tu semblante encarnado me asustaba. Pero yo te amaba, madre mía. ¿Cómo decírtelo entonces, sino llorando? No tenía apetito. Tú me mirabas preocupada. «Si no comes no creces», me decías. Yo miraba el mantel blanco, con el ceño fruncido, la cabeza en llamas. Tu Gran Traje de Luto se movía en torno a mí con gran ternura. Yo reconocía tu olor desde lejos. ¿Toda tu ternura, entonces, había sido para mí solamente? Guardo tu carta todavía. La leo siempre, miles de veces. Nunca seré un hombre, madre mía. Tú me mirabas preocupada. «Si no comes no creces», me decías, retirándome el plato intacto, acercándome una fruta. Yo miraba el mantel blanco fijamente, y lo veía rojo. Rojo siempre. Rojo toda la vida. Pájaro muerto de la infancia, ¿encontrarías la paz un día, en Venecia, bajo un sudario blanco, sobre una mesa de mármol, los cabellos rojos hasta el suelo? ¿Qué cosa había sido de mí, madre mía? No recuerdo nada. Saint-Germain-des-Prés. Chez Moineau. El hotel en rue de Seine. Fue allí que la conocí. Eso es todo. No hubo nada entre nosotros. Te lo juro. ¿Ves que ya no lloro? La encontraron ahogada en Venecia. ¿Qué culpa tengo yo?).

Al día siguiente, con el alba aún fresca sobre los tejados, el canto de los gallos en el aire, me dirigí a la parte posterior de la casa. Un sol cálido y oblicuo atravesaba las ramas del naranjo frente a la ventana de mi habitación. Pasé a su lado, cogí un fruto y lo sorbí. Al llegar delante del canal de madera que llevaba el agua a la rueda me desnudé y me bañé, dejándome arrastrar tendido sobre la débil corriente hacia una esclusa apenas entreabierta. El agua estaba fría. Di un salto sobre la yerba y me volví a vestir. Continué hacia una caída de agua que me era familiar desde niño y en cuya cercanía, dispuestas en una larga fila, apoyadas sobre bancas de madera, se hallaban las jaulas de mi colección de pájaros. Todos esos cantos, gritos, graznidos y silbidos penetrantes formaban un coro y una orquesta compactos como si el mismo arco iris emitiera esa música triunfal que subía desde el terciopelo tornasol de los tucanes hasta el fogonazo bermellón de los chiwacos pasando por el canto dulce-celeste de los violinistas. Un olor a plumas y a excrementos frescos brotaba de las jaulas. Me acerqué a una de ellas y la abrí: un chiwaco negro se posó sobre mi hombro sorpresivamente. Lo sentía tan cerca de mí que por un segundo me pareció adivinar su pensamiento. Lo tomé entre las manos, le di un violento impulso en el aire y el chiwaco abrió las alas con torpeza, voló malamente entre unas ramas y se posó agitado.

—Vuela —le dije—, vete de aquí.

Abrí enseguida la jaula bulliciosa de los loros y con una caña los obligué a salir. Los loros gritaban fuertemente, como burlándose de mí. Por fin saltaron de la jaula, agitaron las alas a ras de tierra y alzaron el vuelo penosamente.

Abrí luego las jaulas de los tucanes mansísimos, de los piemas, de los violinistas, chacames y demás pájaros, hasta que no quedaron en ellas sino sus excrementos verdosos y algunas plumillas agitadas por el viento.

Los pájaros revoloteaban sobre mi cabeza incapaces de alejarse de mí, sorprendidos por esa imprevista libertad. Volaban con esfuerzo y se posaban vacilantes en las ramas como si les doliera abandonar el lugar. O como si me llamaran para conducirme a una región sin jaulas ni murallas en donde la vida fuera sólo un vuelo breve y jubiloso. Pero yo no podía seguirlos. No tenía sus alas y mi esqueleto era demasiado pesado para elevarme.

Entre todos, un callado pájaro blanco, con los ojos implorantes circundados de un anillo negro, me miraba desde una rama baja, incapaz de alzar el vuelo. Aquel pájaro eras tú, Dogaresa. Aquellos ojos pintados y aquella cola delicada no eran sino tus ojos y tus ancas estrechas. Tenía además las patas fuertes y delgadas, tal cual como tus largas piernas, e incluso el porte de la cabeza era el mismo, con el cabello anudado en la nuca como en un desafío. Sólo tu Gran Traje de Seda Negro había sido sustituido por una capa de plumas blanquísimas, pero esto no mudaba el contenido igualmente cándido y lascivo de tu cuerpo. Debajo de sus plumas, aquel pájaro sumiso temblaba de terror ante la idea de perderme.

Sólo más tarde tú me devolviste la imagen blanca y dolorosa de aquel pájaro, tendida sobre una mesa de mármol, en la morgue de Venecia. Difícil recordarte así, cuerpo de pájaro. Pájaro muerto de la infancia, difícil recordarte. Tendida sobre una mesa de mármol, en la morgue de Venecia, ¿qué hacías allí, Dogaresa? ¿Qué había sido de nuestra habitación en penumbra, de nuestra cama revuelta, de nuestra lámpara amarilla? ¿Y nuestras cortinas rojizas, siempre cerradas, y nuestro cenicero de vidrio, siempre lleno de colillas? ¿Y tu Gran Traje de Seda Negro tan parecido al Gran Traje de Luto de mi pobre madre? ¿Y tus extraordinarias toilettes de moda, y las interminables horas posando ante el fotógrafo, con tu maravilloso cuerpo de pájaro cubierto por un derroche de lentejuelas y terciopelo y drapeados infinitos?

Difícil describirte, blanco sobre blanco, en una mesa de mármol, en Venecia. Cámara frigorífica y sudario, ¿cómo reconocerte? ¿Soy pariente tuyo, esposo, novio, prometido, amigo? ¿Qué cosa fuimos, Dogaresa? ¿Amantes solamente? ¿Amantes realmente? ¿Hablamos acaso del amor alguna vez? ¿Quién dijo nunca «Te amo»? ¿Me dijiste alguna vez «Te amo»? ¿Te dije alguna vez «Te amo»? Difícil reconocerte.

Me pregunto si tu perfil y tus piernas de pájaro no serán el perfil y las piernas de un ser humano que mi imaginación confunde con el perfil y las piernas de un pájaro. Trato de recordar. Las palabras, cierto, no me ayudan. ¿Qué cosa responderé? ¿Qué cosa fuimos, Dogaresa? Tú eras todo para mí, pero no eras suficiente. En los últimos tiempos yo casi ni te miraba. Sabía todo de ti, sabía ya demasiado. Seguramente mi corazón es una víscera repugnante que late sólo a fuerza de amaneceres y nuevas dulzuras.

¿Es usted pariente, esposo, prometido, amigo, amante? ¿Reconoce el cadáver? Trato de recordar. No sólo tu cabeza roja y tus ojos ribeteados. No sólo tu estómago y tus dientes admirables. Sino además el bazo, los riñones, las costillas, la vejiga, los nervios de tu cuello y de tu sexo, tus glándulas oscuras y tus intestinos. La triple cascada de tu sangre, tu saliva y tu orina. Y no sólo tus huesos y cartílagos, tus músculos y tus células, sino además tus ácidos y sales, crecimientos extraños, humores, residuos. Todo eso hirviendo, verdoso, putrefacto, sometido a las malditas leyes de la descomposición de la carne, violado por los gusanos, sin que ni un solo gesto de tus manos marfileñas, de tu boca sin vida, hubieran podido detener al pájaro prodigioso.

Amiga mía, ¿recuerdas? Te gustaba el olor de mi sexo y cuando, al improviso, yo lo apoyaba en tus caderas, tú girabas el rostro arrebatado, bruscamente vestida de escarlata con una larga capa encendida, lista para las genuflexiones, la dádiva y el llanto de la entrega. Así en mi recuerdo, tu existencia sin cadáver. Tome nota, Comisario.

—¿Profesión?

—Ninguna.

—Vagabundo en una palabra —el Comisario transpiraba.

—Pietro, pídamme una Coca-Cola al bar.

—¿Medios de vida?

—Recibo algo de casa.

—¿Cuánto?

—Depende. 60 000. 30 000. A veces 100 000. A veces nada.

—¿Al mes?

—Sí, al mes.

—¿Quién se lo manda?

—¿Es necesario decir quién? Es dinero mío, ¿no basta?

—No, tiene que decirme quién se lo envía.

—Mi madre.

—¿A qué título se lo envía?

—¿Cómo a qué título?

—Sí. ¿Para qué? ¿Para que estudie? ¿Para que se pasee?

—No tiene sentido. El dinero es mío, le repito. Es lo que me produce una pequeña tierra de mi propiedad.

—¿Es agricultor, entonces?

—Le repito que no tengo ninguna profesión ni oficio. ¿Cómo quiere que cultive la tierra que poseo en el Perú viviendo en Europa?

—No la cultivará con sus manos, naturalmente, lo cual no significa...

—... Significa que no soy agricultor. ¿Es claro?

—Tenga usted la bondad de no interrumpirme y responda solamente a mis preguntas —el Comisario tenía la cara roja. Un agente destapó una botella de Coca-Cola y se la entregó. El Comisario bebió sin respirar. Se enjugó la frente con un pañuelo sucio.

—¿Qué cosa cultiva en su tierra?

—Pero si le he dicho...

—... ¡Respóndame usted!

—Café.

—¡Ah! Extraño que reciba tan poco dinero. Es famoso el café de su tierra.

—No es cuestión de fama sino de medidas. Mi propiedad, nuestra propiedad, es pequeña. Eso es todo.

—¿Y usted pensaba poder vivir en Italia, como turista, con tan poco dinero?

—Yo no tenía la menor idea de vivir en Italia. Me he ido quedando sin darme

cuenta.

—Y sin legalizar su estadía. ¿Sabe usted que su posición es bastante delicada?

—No veo por qué.

—No puedo creer que una persona instruida, inteligente como usted, no se dé cuenta...

—... ¡Pero si no he hecho nada! ¿De qué me acusa usted?

—Calma, señor. Yo no lo acuso de nada. Estoy aquí solamente para ayudarlo, si es posible.

—No necesito ninguna ayuda, créame usted.

—Pues entonces se la pido a usted. Es necesario aclarar las circunstancias del accidente.

—Yo no estaba presente, le repito. ¿Cómo quiere que lo ayude?

—¡Vuelvo a pedirle que responda solamente a mis preguntas!

—Pregunte usted.

—¿En dónde conoció a la señorita Giulia?

—En París. Hace dos años.

—¿Vivían juntos allí?

—Un poco. Luego vinimos a Italia.

—¿A dónde?

—A Roma.

—¿Con qué motivo?

—Ninguno.

—¿Viaje de turismo?

—Llámelo así.

—¿O en busca de trabajo?

—¿De trabajo? ¿No le he dicho ya que teníamos algún dinero para vivir?

—Ella era modelo. Vivía de eso. Me imagino que en Italia habría podido ejercer su profesión con más facilidad puesto que era italiana. ¿Fue así o no?

—Sí. Encontró un trabajo, muy modesto realmente.

—En un periodo en el que usted no recibía nada de su casa, de su propiedad, ¿no es verdad?

—Sí... Pero ¿eso qué importancia tiene?

—¡Soy yo el que decide la importancia de sus respuestas! ¿Cuánto tiempo vivió usted, digamos, de la señorita?

—Me niego a responder. Me reservo el derecho de consultar a un abogado antes de hacerlo.

—Puede usted consultar a su abogado en otra sede. Ahora, por favor, respóndame usted.

—Lo siento mucho, Comisario. No puedo responderle.

—Está bien. Pasemos a otra cosa. ¿Sabía usted que la señorita era una prostituta?

—¡No le permito semejante insinuación! ¡Es una calumnia! ¡Giuliana no era una

prostituta! ¡Era una modelo! ¿O ser modelo para usted significa lo mismo?

—No soy tan ignorante, señor. De todos modos, ¿lo sabía usted o no?

—¡Es una vulgar mentira! ¡Es inútil que le responda!

—Tengo las pruebas y puedo mostrárselas cuando lo desee. Ahora mismo, si quiere —el Comisario se levantó de la silla y se acercó a un archivador de madera. Abrió uno de los cajones y hurgó rápidamente. Volvió luego a su escritorio y me puso delante un cartapacio con algunas hojas escritas a máquina. Lo abrió con parsimonia y me mostró una de ellas. Yo la leí sin respirar. ¿Era posible, Dogaresa? ¿Qué horrible jugarreta había sido nuestra vida? Tu Gran Traje de Seda sube y baja por la escalera crujiente ¿era sólo el traje de una ramera? ¿Y la pensión en Via della Croce? ¿Y tus frecuentes citas con el fotógrafo? ¿Todo en cenizas?

—¿Llama usted prueba a la denuncia de un individuo despechado? —exclamé. El Comisario cogió otra hoja y me la mostró.

—¿Y esta otra? —yo ni siquiera la miré.

—Si usted me muestra una ficha, un registro, será otra cosa —mi impaciencia y mi rabia no tenían límites. El Comisario me miró con desdén, recogió las hojas de papel, las acomodó en el dossier y volvió a colocarlo en el mueble.

—Si no le bastan esos documentos, créame que para nosotros son más que suficientes.

—La policía vive del crimen ajeno. Es natural que lo busquen como chacales.

—¡Le advierto a usted que puedo arrestarlo ahora mismo si no modera su lenguaje! —el Comisario había puesto sus dos manos sobre la mesa y sus mejillas rojizas temblaban. El agente de turno en su despacho dio unos pasos hacia mí. Lo sentía ya a mis espaldas, dispuesto a obedecer al Comisario. Éste encendió un cigarrillo y arrojó el paquete sobre la mesa, sin ofrecérmelo.

—¿En dónde estaba usted la noche del accidente?

—En Roma.

—¿Sabía usted que su amiga viajaría a Venecia?

—No.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Ese mismo día. Teníamos cita a las 10 de la noche en la pensión.

—Pero usted no estaba allí cuando lo buscamos.

—No. Había salido a dar una vuelta.

—Había ido al estudio fotográfico. ¿Por qué?

—Pensé encontrarla allí y evitarle así el trayecto hasta la pensión. Hubiéramos cenado en cualquier parte. Lo habíamos hecho muchas otras veces.

—¿Se habían peleado ese día?

—No, no nos peleábamos nunca. Ni siquiera discutíamos.

—¿Estaba usted enamorado?

—¿A qué puede servirle que le diga sí o no?

—Vuelvo a decirle que soy yo el que decide la utilidad de sus respuestas. ¿Estaba

usted enamorado de la señorita? ¿Sí o no?

—No.

—¿Y ella de usted?

—Tampoco.

—Vivían juntos por comodidad entonces, por razones prácticas, digamos.

—Más o menos.

—Prácticas para usted, por lo que veo. Se trataba de una joven hermosa...

—... ¡No tiene usted ningún derecho a insinuar nada! ¡El suyo es sólo un abuso de autoridad! No soy un delincuente y no tiene usted ninguna razón para sospechar de mí. Mi posición es clara. Yo estaba en Roma la noche del accidente, sin la menor idea de lo que podía suceder en Venecia. ¿En qué leyes se apoya usted para tratarme como a un presunto asesino?

—¿Asesino? ¿Quién lo ha acusado de semejante cosa? Necesitábamos saber los antecedentes de la víctima y es natural que se lo pregunte a usted. Eso es todo. Un suicidio se considera como un crimen, en la práctica, y es nuestro deber establecer los móviles. ¿Es claro? Ahora, por favor, responda con precisión a mis preguntas. Todo lo que usted pueda decirme, a final de cuentas, no servirá sino para reivindicar el nombre de su amiga.

—¡Bah!

—¡Responda usted al interrogatorio, por favor!

—Interrogue usted —el Comisario se arrellanó en el asiento, echó una ojeada al agente que transcribía mi deposición y me volvió a mirar fijamente:

—¿Conoce usted Venecia?

—¿Venecia? Sí. La conozco.

—¿Cuándo la visitó por última vez?

—Hace un año, más o menos.

—¿Solo?

—No. Con Giulia.

—¿Viaje de turismo también?

—Sí. Quería conocerla, y además Giulia hacía varios años que no volvía a su ciudad.

—¿Estuvieron largo tiempo?

—Un mes.

—¿Conoció a los familiares de la señorita?

—No. Casi no tenía parientes y los pocos que le quedaban eran muy lejanos. Casi desconocidos. No vio a ninguno de ellos.

—¿En dónde se alojaron?

—En el Hotel Rialto —el Comisario hizo un gesto rápido, indefinido, como de cazador que descubre una presa.

—¿Es decir el mismo en que se alojó su amiga antes del suicidio?

—Sí... Es verdad. En el mismo.

—¿Cree usted que tuviera una razón especial para hacerlo?

—No. No lo creo. Quizás era el único que conocía y no deseaba buscar otro.

—Significaba algo para ella tal vez. ¿Recuerdos o algo parecido?

—Quizás. Pero no lo creo. No era su carácter.

—¿No le parece extraño que tomara una habitación inútilmente, pocas horas antes del suicidio?

—Sí. No. Necesitaba tal vez un poco de tiempo para tomar una decisión.

—Es posible —el Comisario se levantó y dio unos pasos. La máquina de escribir cesó. Se acercó nuevamente a la mesa, cogió el paquete de cigarrillos y me lo ofreció. Yo rehusé. Él encendió uno y arrojó nuevamente el paquete sobre la mesa. Su uniforme verdoso, quién sabe por qué, me parecía oler a leche rancia. Era alto, voluminoso, de movimientos torpes. Parecía cansado. Depositario de la desventura humana, parecía como agobiado por ella. No despertaba una real antipatía, esto era cierto.

—¿Tiene usted una idea de las razones que la impulsaron al suicidio? —preguntó de improviso.

—Ninguna... —respondí vagamente.

—¿Ha pensado usted en un amor no correspondido de su parte, y que no se atrevía a mostrar por miedo de perderlo?

—Es decir una tragedia de folletín, como hay tantas, ¿no es verdad?

—No es el caso de ironizar, créame usted.

—Temo, señor Comisario, que su pregunta vaya mucho más allá de los límites de un interrogatorio policial. Suposiciones de ese orden se pueden hacer por millares. Déjelas usted a los periodistas.

—O a la justicia.

—Si mi testimonianza puede servirle, llegado el caso, la haré sin la menor dificultad. Por ahora me parece simplemente prematura. Giulia fue víctima de un estado nervioso ya irremediable. Eso es todo. No existe ningún acusado en esta historia. De todas maneras, como es natural, investigue, interrógueme usted, es su deber.

El Comisario se sentó nuevamente detrás de su despacho.

—Puede irse —me dijo, señalándome la puerta, sin levantarse del asiento.

Yo hice un esfuerzo para no salir corriendo. El agente de turno me abrió la puerta: Venecia brillaba ante mí como un abanico de plumas azules. Venecia salobre, pestilente. Venecia vacía, hundida en las aguas fangosas, cubierta por un sudario blanco. Aguas podridas, cielo podrido, palacios de cristal podrido. Venecia encerrada en una esfera de cristal podrido, roída por los turistas, manchada de mercaderes, de aceites putrefactos, de gases venenosos. El corredor subterráneo entre París y la Serenísima se había llenado de ratas nauseabundas, ¿recuerdas? Escondíamos las botellas de cognac en las alcantarillas. Patrick nos enseñó la técnica. Tomaba las botellas de la bodega de su padre y las almacenábamos en toda la ciudad. Bajo tierra.

Interminables callejones oscuros que, según dijiste tú, nos llevarían un día a Venecia.

Los indios me acusaron de urdir juegos maléficos con los cordeles frescos que servían para coser los sacos de café. Yo les había enseñado unos infantiles juegos de destreza enlazándolos en mis dedos e invitándolos luego a tomarlos en los suyos. Se obtenían así una diversidad de combinaciones geométricas que se repetían regularmente. Interrogué a mi tío. «No sé —me replicó, encendiendo uno de sus hediondos cigarros—. Te creen brujo. El porqué, no lo sé». Años atrás —recordaba— había dirigido los rayos de un espejo sobre la espalda de un indio que huyó gritando. Pero entonces no me acusaron de brujería y nadie volvió a mencionar el hecho.

Algo había cambiado en mí sin duda. Algo en mi manera de blandir el espejo o las cuerdas en un juego que ellos no consideraban ya inocente.

¿O mi culpa era debida a la liberación de los pájaros?

¿O tal vez a causa de mi comportamiento con Mayana?

¿O era simplemente una calumnia lanzada por mi tío Miguel para ahuyentarme cuanto antes de Monteyacu? La hostilidad de los indios crecía con el pasar de las horas. Durante toda la semana precedente a mi partida debía permanecer encerrado en mi habitación pues, decía mi tío, él no respondería de mí si me aventuraba fuera de ella. Pero yo eludí su vigilancia y me refugié en una construcción abandonada que desde hacía años servía de carpintería, granero y depósito de café. Con ayuda de Pancho, pensaba reunir allí a los dos o tres indios más influyentes de la hacienda y tratar de probarles mi inocencia. Había llevado el espejo y los cordeles necesarios para la demostración. Hacia el anochecer Pancho me llevó algunos alimentos y poco después me adormecí con la esperanza de realizar mi proyecto al día siguiente. Pero aquel día no llegó nunca.

(¿Qué había sucedido en el granero aquella noche interminable? El café maldito me llovió sobre la cara. El piso de madera crujía.

—¡Quítate todo, te he dicho! ¡Apúrate!

Yo me incorporé sobresaltado y escuché.

La respiración pesada se filtraba por las hendidias. El café seguía lloviendo. La voz se apagaba, mascullaba, jadeaba, insultaba, ordenaba. Voz ronca y canalla. Voz de animal devorador de carne humana. El piso de madera temblaba bajo el peso odioso. Un remezón más fuerte y un nuevo chorro de café sobre mi cabeza.

—¡Así! ¡Ponte así, chuncha maldita!

La voz brotaba llena de esperma, descendía por las paredes, me ensuciaba. El

ruido era ahora menos claro. Algo se revolcaba sobre mi cabeza, revolcando algo precioso. La voz ligaba a su presa, la maniataba, le anudaba los pechos, las piernas, los labios.

La ahogaba. La temperatura y la respiración de los cuerpos bajaban por las paredes, se extendían hasta mi cuerpo.

—¡No te muevas, cojuda! ¡Quédate así! ¡Abre las piernas! ¡Ábrelas, mierda!

El café llovía sin cesar. La voz canalla insistía.

—¡Vas a ver tú! ¡Todo te lo voy a meter! ¡Todo! ¿No quieres así? Está bien. ¡Ven acá, entonces! No tengas miedo, no te voy a hacer nada, ¡qué carajo! Espera un poquito.

De pronto un silencio. Granos de café rodando por el suelo de madera. Olor a polvo reseco, a fruta podrida, a hojas marchitas. El monstruo resoplaba con esfuerzo. Imposible hacer nada en ese instante. Un manto de plomo me envolvía, una tiniebla espesa y sin salida. Ruido de hebilla de pantalón pestilente. El calzoncillo amarillo aparece, el vientre flácido, la verga gruesa e inflamada entre los pelos ralos, rojizos.

—¿Te gusta? ¡Toma! ¡Chupa, cojuda! —voz tenebrosa y canalla—. ¡Arrodíllate ahora! ¡Así! ¡Sigue, sigue! ¡Abre bien la boca, no te hagas la inocentona! —voz de lagarto infectado. De burro sifilítico. De serpiente que supura.

—¡Échate ahora! ¡Abre las piernas! ¡Así! ¡No te muevas!

Sudor de puerco en las paredes. La saliva del monstruo me ensuciaba, ensuciaba algo precioso. Silencio nuevamente. Un ruido apenas, un forcejeo inútil, un murmullo de pájaro herido. Un oscuro combate sobre mi cabeza, fuera del alcance de mis manos. Un horrible silencio y finalmente un alarido. Uno solo. ¿Habéis oído un alarido de niña en la noche? ¿Una cuchillada sin fin? ¿Un chorro de café enloquecido? ¡Mayana! ¿Qué cosa habían hecho de ti? ¿Qué había sido de tu pureza infinita? Ahora tu vientre no es sino una bolsa cualquiera, repleto de esperma y excremento. La sangre de tu infancia resbala por las paredes, gotea sobre mi cabeza. La esperma miserable te ahoga. La voz se apaga. Jadea. El cuerpo maldecido se separa del tuyo, te abandona. Te desprecia. Se sube los pantalones y los calzoncillos cagados. Ni siquiera acaricia tus cabellos de niña. Te mira fijamente como el zorro a la gallina degollada. Y tú sangras todavía, sangrarás toda tu vida. Tu pobre sangre gotea sobre mi cabeza. El café sigue lloviendo. El monstruo da unos pasos. Eructa satisfecho. Ruido de hebilla de pantalón pestilente otra vez. Ahora tu vientre no es sino una bolsa cualquiera. Tu cuerpo esbelto como un arbolillo se deformará de inmediato. Cuando salgas del granero serás ya una vieja sin dientes, acostumbrada a chupar vergas de blancos. Y comerás tierra como tus hermanos. Y te llenarás de gusanos como tus hermanos. Y tu vientre se hinchará hasta reventar como un globo lleno de mierda. Madre de barro, como tus muñecas. Burdel de barro. Cielo y estrellas de barro. Fabricarán bolas de mierda tus hijos y jugarán con ellas. Ése será el sistema solar que te espera. Una nebulosa de mierda seca y lombrices que te

saldrán por la boca. Y otro cuerpo maldito, otra voz canalla llegará. Y violará a tu hija antes que su marido. Porque ésa es la ley. ¿Por qué no lloras, Mayana? ¿No sabes qué significa llorar? Una cuchillada sin fin y tú que te desangras para siempre. Que te llenas de gusanos. Pequeña diosa de barro: la Vía Láctea no existe. Tan sólo tus excrementos. Los excrementos de tus hermanos. Los excrementos de tus hijos barrigones y piojosos rellenos de yuca y bananas y enormes lombrices y dientes podridos. ¿Cuánto podrá valer una chuncha en el año 2000, en las grandes ciudades lunares? Serás pagada entonces, inocente. Ésa será la ley. La nueva ley del futuro. Recibirán tu sangre en un bocal de plexiglás y ya no serás peruana ni chuncha ni nada. Mi tío Miguel te mirará con ternura. Todo vestido de blanco, con guantes y máscara transparente. Observará tu sexo. Útero precioso. Pigmentación a voluntad. Tendrás un hijo claro al costo irrisorio de 600 dólares ejemplar. LBM112 decidirá el color de sus ojos. Su estatura colosal. El ritmo de sus arterias. Su mentalidad infantil. Será astronauta. El tío Miguel, todo vestido de blanco, con guantes y máscara transparente, lo enviará a la Base Experimental Cafetera de Venus. ¿Es acaso el hombre el único consumidor de café en este mundo? Una cuchillada sin fin. Un alarido. ¿No habéis oído nunca un alarido de niña en la noche? ¿Quién acabó con tu infancia en un instante, criatura? Ahora tu vientre no es sino un depósito de huevos blancos. Huevos de astronautas rubios, de ojos azules y cerebro de canario. La esperma miserable llena el cielo de ángeles sin alma. La voz canalla te persigue. Voz eléctrica de computadora que no cesa. La serie ha comenzado. Tríadas de cashibos alternadas a parejas de campas y amueshas. Millares y millares cada año, consumidores de millares y millares de automóviles, refrigeradoras, televisores, máquinas de cocinar, de lavar, de conversar. En la Base Experimental Cafetera de Venus. El monstruo da unos pasos nuevamente. Ruido de máquina maldita que cubre tus latidos. Ahora tu vientre no es sino un depósito de huevos blancos. Incubadora de astronautas. LBM112, marido fiel y perfecto. Grandes hijos rubios. Mi tío Miguel te mirará con respeto, todo vestido de blanco, con guantes y máscara transparente. Chuncha de mierda. ¿Qué más quieres?).

Cuando volví a mi pieza me sentía ya convencido de mis poderes sobrenaturales. Seguro de que mis más absurdos caprichos habrían de realizarse con un simple deseo. Que me bastaría pronunciar una frase como «¡Lluvia, cae sobre la tierra!» para que ellos se vieran satisfechos de inmediato. Ante mi ventana, el viejo naranjo se hallaba invadido por un torbellino de loros salvajes, indiferentes a mis terribles influjos. En la espesura adivinaba a los insectos, los pájaros y las alimañas del bosque entregados, como siempre, al odioso ejercicio de la reproducción, la manutención y la muerte. Me asaltó una necesidad imperiosa de interrumpir ese ciclo nefasto, de ordenar a los cielos que detuvieran el auge de la flora y de la fauna. Pero no me bastaría sin duda conocer los ritos mágicos: beber leche de maguey mezclada con amapola y vísceras de culebra; comer sólo frugales meriendas de pájaros putrefactos y raíces amargas; llevar sonajas en el cuello y plumas en la cabeza para espantar a los mortales y atraer al invisible. Todo ello debía esconder razones mucho más sencillas que la verdadera posesión de mis nuevos poderes.

Durante esos días, mientras tanto, el brillante sol de enero desapareció bruscamente. El cielo se ocultó detrás de un toldo violáceo y una lluvia estruendosa cayó sobre la tierra. Pasaron así cuatro días lentos y siniestros como aletazos mortales. La cosecha se perdería irremediablemente si aquella lluvia no cesaba de inmediato. El agua colérica golpeaba sobre la calamina de mi habitación. Ponía una cortina de agujas plateadas ante mi ventana, que yo tocaba alborozado con las manos tendidas. Una maravillosa sensación de bienestar había invadido mi ser, como si aquella agua estruendosa me hubiera lavado de inmemoriales manchas. Ninguna palabra era necesaria entonces, ninguna disculpa, ningún perdón humano. Una rabiosa maraña de rayos y relámpagos iluminaba hasta el último rincón de la floresta. La verdura aparecía y desaparecía alternativamente entre los velos rotos de la evaporación y las miasmas terrestres, como en las primeras edades del globo. Millares de arroyuelos, cascadas y surtidores cristalinos se establecieron con estrépito entre los troncos, los desniveles y las grietas naturales del bosque. El sol no apareció un solo instante en el cielo. El bramido ronco y permanente había cubierto por completo todo otro ruido y los animales callaban en sus guaridas. Al quinto día mi tío Miguel subió a mi pieza empapado. Tenía el rostro contraído y cubierto de arrugas finísimas. Se dirigió a la ventana y la cerró con fuerza, asegurándola con un travesaño.

—Los indios están enfurecidos —me gritó—, ¿por qué diablos no te vas de acá?

—No me acusarán también de la lluvia —repliqué.

—¡Pues claro que sí! —exclamó él—. ¡Parece que no los conocieras! ¡Se les ha metido en la cabeza que eres brujo y ahora te acusarán de cuanta desgracia suceda aquí! Las cosechas deben estar casi perdidas. Puedes irte en cuanto despeje y decirle a tu madre que venga ella misma a constatarlo.

—¡Tonterías! —murmuré, convencido de que era yo el causante de la lluvia y de la ruina de las cosechas. Apenas mi tío salió de la pieza volví a abrir la ventana y aspiré una bocanada húmeda de ese tremendo maleficio que el cielo enviaba en mi ayuda. Me imaginaba la caña de azúcar desbaratada y tendida sobre raudales de lodo. Los racimos de café hundidos en el fango, con los frutos rojos aplastados e inservibles. ¿El café maldito pisoteado por las fuerzas del cielo? El triunfo de mis poderes mágicos era evidente ahora. Ignorante de las ceremonias, de los signos y de las palabras rituales en estos casos, decidí consolidar mi alianza con los dioses elevando a ellos la única plegaria que conocía. «Padre nuestro que estás en los cielos...», empecé mecánicamente y, arrodillándome ante la ventana abierta, la repetí hasta el fin. Luego me incorporé y contemplé el paisaje verde completamente volatilizado tras de una explosión de agua celeste. No existía nada en torno a mí. La respiración. El llanto. Los gritos de los pájaros. El calor y los humores animales. Todo había sido sepultado por ese océano vertical que se elevaba frente a mí como una muralla atronadora. Me incliné sobre el alféizar de la ventana y dejé que la lluvia me mojara la cabeza. Me mantuve en esa posición durante algunos minutos dando gritos de alegría. Luego retiré la cabeza empapada, di algunos saltos y empecé a correr como loco dentro de la habitación sin escuchar mis propios pasos sobre el piso de madera, absorbidos por el rumor incesante que envolvía la casa.

Luego me acerqué al espejo de una cómoda y observé mi cara jubilosa. De improviso me olvidé de todo: aquel espejo me devolvía una imagen común y corriente, sin la menor huella de dotes sobrenaturales. Hice algunas muecas, tratando de imitar el aspecto feroz de una máscara o de un demonio. Pero comencé a reírme de mí mismo. Todas esas muecas, lejos de redoblar mi poder, lo debilitaban misteriosamente. Descubrí entonces que durante los últimos meses me había adelgazado. Algunos barritos salpicaban mis mejillas y se extendían desde la parte inferior de la mandíbula hasta el nacimiento de las orejas. Presionándolos cuidadosamente reventé algunos de ellos entre las uñas. Me lavé la cara y me peiné con esmero. Me observé otra vez en el espejo moviendo la cabeza de derecha a izquierda. «Estoy flaco —me dije—, debo comer más». Había crecido varios centímetros ese año y mis rasgos viriles se habían acentuado. Hinché el tórax ante el espejo, pavoneándome con la cabeza erguida. Satisfecho, me miré fijamente en los ojos, tratando de descubrir en ellos alguna traza de poder divino. Me pregunté hasta qué punto esas pupilas negras, circundadas de puntos ocre y dorados, ese iris vibrante como una corona de fuego, podrían ejercer un influjo irresistible sobre

quienes me rodeaban. Acerqué mi rostro al espejo y abrí los ojos desmesuradamente. Pero no lograba ver en ellos nada que me garantizara la existencia de una fuerza invencible en mi alma. Aquéllos eran simplemente los ojos de un adolescente sano y lleno de vida. Las pupilas ardientes y vivaces en medio de una esclerótica lozana como un huevo duro. La mirada de una criatura que nada sabía aún de la hembra. Esta última constatación me avergonzó. Volví a percibir la lluvia entonces. Me acerqué a la ventana y posesionado nuevamente de mi rol de mago contemplé el espectáculo.

¿Qué sería de mis pobres pájaros acabados de liberar? ¿Cómo harían para alimentarse? ¿Cómo preservarían sus nidos de las fuerzas celestes? ¿En dónde se refugiarían mientras tanto? Cerré los ojos y con un esfuerzo que de antemano juzgué insuficiente, rogué a los cielos que me devolviera mis pobres pájaros para cobijarlos hasta que cesara la lluvia. Esperé un momento y viendo que ninguno de ellos aparecía, decidí contar hasta diez. Terminé la cuenta sin resultado alguno. Conté nuevamente. Hasta veinte esta vez, demorándome premeditadamente en el final. Pero los pájaros no volvían, y la lluvia seguía cayendo con más fuerza que antes. El jardín que mi madre había cercado en el patio se había convertido en un torrente de maleza. Los girasoles, las orquídeas, las rosas, las dalias, los ñorbos y las mismas matas de madreselva y de jazmines que trepaban las paredes de la casa, yacían destruidos sobre la capa de lodo y agua turbia que corría a mis pies. Seguí rogando y contando cifras siempre mayores. Pero no podía concentrarme en mi plegaria. El menor movimiento del cuerpo, el roce ligerísimo de la camisa contra el cuello o la sensación de que alguien observaba mis gestos, me hacían abrir los ojos y volverme de improviso. Varias veces intenté ese pedido in extremis y a cada instante me parecía ver entrar por la ventana a un tucán o un loro empapado. Pero mis poderes sobrenaturales parecían terminados. La lluvia destruiría por completo la cosecha del año. Una especie de terror sordo me invadió. ¿Y si ella no cesara nunca? ¿Si aquél fuera un nuevo diluvio universal desencadenado por mis ridículas ansias de redención? Este pensamiento me hizo rechazar de plano toda responsabilidad en la catástrofe. Yo no había querido destruirlo todo. Yo sólo había querido castigar a quienes lo merecían para que el mal no se extendiera aún más sobre la tierra. Si el agua seguía cayendo no era ciertamente culpa mía. No podía detenerla, esto era evidente. Pero si ella invadía el planeta, ¿a quién sino a los dioses podía culparse de tamaña calamidad? Mi poder no llegaba a tanto. ¿Cómo podía ejercer mi rayo maléfico sobre quienes nada me habían hecho y que yo ni siquiera conocía? ¿Deberían pagar siempre justos por pecadores? No. Mi responsabilidad por aquel terrible castigo se limitaba a un puñado de tierra conocida y a dos o tres criaturas ingratas y equivocadas.

Vigíame siempre, Dogaresa, ayúdame. Tú que me ves ahora en todas partes y que me conoces: no me dejes caer en tentación. ¿En dónde te refugiaste, pajarito? ¿Qué fue de tus grandes alas blancas y tu cola delicada en el fuego redentor de Monteyacu? Monteyacu, agua de punta. Agua de arriba. Agua celeste. Tengo todavía la impresión de que la lluvia no ha cesado. O que yo no he descrito con precisión los inútiles sentimientos que ella me provocó.

Fue Pancho a demostrarme, al octavo día, que la lluvia había cesado. Pero ¿de qué me sirven los argumentos de Pancho si yo mismo no estoy convencido de ello? ¿Si a cada momento, cada día que amanece, siento la necesidad de atraer otra vez esa agua iracunda sobre la tierra? ¿Y si nada me prueba que el diluvio precipitado durante esos ocho días no fue obra mía? Al noveno día, con el rayar del alba, huí de la hacienda como un criminal. Pero estoy seguro de que tras de mi huida las nubes volvieron a cubrir el cielo. Mi recuerdo del lugar es el de una comarca azotada por las iras del cielo y condenada a la desaparición.

Monteyacu: agua de monte. Mal paraíso. Mientras yo no encuentre una razón suficiente para detener la lluvia; mientras yo no logre describir nítidamente el primer rayo de sol entre sus frondas, estas páginas estarán llenas de esas aguas mortales en las que un día habrías de ahogar tu propio cuerpo.

Por ello, vigíame siempre, no me dejes solo ahora.

El sol está bajando y hace frío.

El mar lanza medusas, fragmentos de recuerdos. Restos confusos de otras vidas nuestras. Visiones lejanas y salobres, cantos de pájaros esmaltados, espejismos en la arena.

—Regresemos ya —le dije—, antes de que se den cuenta.

Mayana me miró implorante.

—A Pancho no le importa que duerma en el río. ¡Hace tanto calor en la cabaña!
—me respondió.

¡Incomprensible, estúpido fulgor, asesinato deslumbrante! Vampiros infames atraviesan el cielo. Olas escarlata avanzan en la arena. Una corriente fría me devuelve instantes, cosas, acontecimientos, rostros sepultados. Hace 2000 años, Tullia Mayana, hija de Cicerón, niña momificada en los Andes, descubierta en la Via Appia, niña momificada en la Via Appia, descubierta en los Andes, dormía intacta bajo tierra. Una lámpara de llama azul la iluminaba a través de los siglos. ¿Quién abrió su

sepultura? ¿Por qué los siglos le llovieron de pronto en un rincón de Monteyacu?

Una brisa fresca mecía la copa de una palmera, y por encima de ella, las constelaciones marchaban más rápidas que el pensamiento, sin que yo pudiera apreciar en ellas sino una plenitud y una paz que me saturaban sin esfuerzo, que se transmutaban en 365 días, 12 meses, 24 horas y 60 minutos y otros tantos segundos y fracciones de inmovilidad y de esplendor. «Tienes suerte en amor, sobrinito», dijo mi tío. Yo enrojecí desde los cabellos hasta la punta de los pies.

—Me debes veinte soles —agregó.

Yo distribuí nuevamente las cartas sin decir nada. As de espadas. As de bastos. Trío de reinas. Tenía una mano asegurada, finalmente. Mi tío me demolió con un póker de reyes y volvió a reírse con insolencia. Yo traté de levantarme de la mesa.

—Juguemos otra partida —ordenó él. Pareja de reinas, esta vez. ¿Giulia y Mayana? Pareja de reyes. ¿Mi tío Miguel y Giuliano? Mano excelente. Pero él tenía todos los ases. Él ganaría siempre. Sus artimañas eran ya más viejas que la Tierra. Él me miraba fijamente, como el zorro a la gallina degollada. El café maldito seguiría lloviendo sobre mi cabeza. ¿Qué cosa era yo en sus manos, Dogaresa? Sólo tú podrás decírmelo un día. Hacia el final de los tiempos, Sibila de ojos verdes: anunciarás mi pasado.

Todo tiene remedio, Pajarito. Pero, no me dejes solo ahora. El sol está bajando y hace frío. Vámonos. Tú acababas de salir de la cabina. Tenías los cabellos sujetos en un moño alto y mojado. El rostro increíblemente envejecido, como si entre tu entrada y tu salida de la cabina hubieran pasado veinte años. Me vestí rápidamente y salimos.

Mais, depuis quelques instants, une colombe s'élevant hors du Fuglekongerige —ou Royaume des Oiseaux— avait pris sa course à plein vol vers le lieu découvert où se jouait la scène angoissante.

RAYMOND ROUSSEL

12

—¿Comemos algo? —me preguntaste, camino a casa.

—No tengo apetito. Tomemos un vaso de vino y después veremos.

Aquel pájaro blanco eras tú, Dogaresa. Era extraordinario tenerte en París, a mi lado, en esa jaula miserable colgada en un séptimo piso de la rue de Seine. Tenía los ojos ribeteados de un negro violáceo y la cola larga y puntiaguda, como de faisán. No cantaba sino emitía una especie de gemido tembloroso. Lo había cogido aún pichón. El nido se hallaba oculto entre las ramas de un naranjo y fue necesario romper varias de ellas y desafiar los picotazos de la madre para cogerlo. Lo llevé a casa y durante varios días le di yo mismo de comer en el pico esmaltado de rojo hasta la garganta. Luego, lo confié en manos de Pancho.

Deseaba ya unos espléndidos pájaros negros —los chiwacos— con un gran penacho en la cabeza y el pecho y el pico dorados. Quería el macho y la hembra, pues los sabía salvajes y yo esperaba domesticarlos, tal como ya lo había logrado con otras especies. Tuve que contentarme sólo con dos pichones y darme por satisfecho. Lo que más admiraba en los chiwacos era justamente su ferocidad, su belleza altanera, su chillido ronco y penetrante como un grito de guerra, los lugares inaccesibles en los que vivían, con los grandes nidos colgando como frutos de las ramas altas de las palmeras. Volaban como flechas, gritando y retozando en torno a éstos, siempre a gran altura. Había algo de orgulloso y de triunfal en sus ojillos encendidos, en sus suntuosas alas negras, en sus patitas cinceladas. Hacia el atardecer revoloteaban un gran rato en torno a las palmeras. Sólo el macho poseía el gran moño dorado en la cabeza y la cola larguísima. La hembra, en cambio, lucía el pecho enteramente cubierto de plumas metálicas. La bandada se alejaba luego, gritando agudamente en el incendio de la tarde, mientras el macho y la hembra del nido continuaban aún sus juegos en lo alto de la palmera, hasta que oscurecía.

—¿Qué hora tienes? —preguntaste.

—Las 12 y media. ¿Por qué?

—Están cerrando.

—Vamos si quieres. ¿Cuánto será?

—No sé. Llama al mozo —los americanos habían partido y sólo quedaban dos o tres clientes en las mesas. Pagamos. O mejor dicho pagaste tú y salimos. Olor de papas fritas, ¿recuerdas?

—¿No tienes ganas?

—No. Cómpralas tú si quieres.

—Pero si no has comido nada.

—No tengo hambre.

—¿Vamos hasta St.-Michel? —tu Gran Traje de Seda me seguía como una sombra. Las papas fritas quemaban. Tú no querías ni siquiera probarlas. Los urinarios se sucedían como hormigueros pestilentes. Los pájaros revoloteaban en torno al nido hasta el anochecer. Suntuosos y altaneros, volaban como flechas, gritando y retozando en torno a éstos, siempre a gran altura. Un león de piedra nos miraba en Cluny. Las papas fritas. Los chiwacos. Los tucanes negros con el gran pico amarillo y celeste. Los loros salvajes. Tu cubierta de plumas blancas por las calles de París. «¿Qué hora tienes?». «Vamos a dormir». «Estoy cansada». Barrios periféricos devastados por las bombas, sustituidos por casuchas de latas y cajones de fruta poblados por las ratas. Olores nauseabundos. Gran parte de la juventud perversa y miserable de St.-Germain-des-Prés provenía de esas regiones abyectas de la ciudad. Vestidos como payasos. Sucios y malolientes. Sentados en los bares del barrio en espera de la catástrofe. Huérfanos de guerra. Prostitutas. Artistas de teatro. Bailarines. Excombatientes americanos. Escritorzuelos y pintores. Fumadores de marihuana. Griegos, escandinavos, italianos, japoneses, sudamericanos, eslavos, negros, ingleses, indochinos. Tú te pasabas las horas sentada en la barra de Chez Moineau. Observabas a todos los que entraban en el bar, sin demostrar interés por ninguno.

—¿Cuál es tu nombre? —insistí. No había entendido bien, a causa de tu acento italiano sin duda. Llevabas los larguísimos cabellos rojos sueltos en la espalda. Vestías blue-jeans y pullover descoloridos. En el colegio mi gran dificultad era siempre recordar ciertos nombres de planetas o países cuya remota existencia me hacía pensar en mil cosas. Mi madre me miraba preocupada entonces, acercándose un huevo frito, retirándose la sopa intacta.

«Si no comes no creces —me decía—, haz lo que te parezca». Yo dibujaba, mientras tanto, sin escucharla. Dibujaba siempre. Hacía grupos de pequeñas criaturas como insectos y grandes soles y estrellas con trayectoria y todo. Copiaba a Klee sin conocerlo. Dibujaba con las dos manos simultáneamente. Trazaba flechas y letras y telarañas geométricas. Me construía un minucioso universo poblado de seres nerviosos y sin materia. Luego las criaturas corrían sobre el mantel celeste mientras el huevo frito se enfriaba en una esquina. Otras veces rayaba todo. Millares de rayas azules llenaban mi mente. Rayaba el mantel y los platos, las tazas, las sillas, la mesa de la cocina, las paredes de mi cuarto. Veía todo en mil facetas luminosas que mi mente no lograba reunir completamente. ¿Eran invisibles fuentes de energía que sólo yo percibía? ¿O tan sólo los nervios de mis ojos irritados? Una tela divina, perfectamente pura, blanquísima, me humedecía los ojos. ¿Cómo llenar el mundo con su blancura, hacer de ella un estandarte de la serenidad terrena? Entre el glorioso Angélico y esta blancura inicial, ninguna mancha era posible. Sólo una fuente de luz celeste, un pensamiento tal vez.

Yo no sabía nada entonces, madre mía. Descubrí la luna una noche, en la ventana del baño, y me encerré con ella. Tú me sacaste a empellones, acusándome de vicioso. Yo no comprendía nada, madre mía. ¿Por qué? «Porque un niño decente no hace esas cosas. ¿Quién te lo ha enseñado?».

Yo me refugiaba en la cocina y soplabla el fuego con fuerza. Tú me tirabas las orejas porque el guiso se quemaba. Yo dibujaba nuevamente. Millares de puntos esta vez, sobre el papel azul de los paquetes. O millares de agujeros con una cerilla encendida. Tú me lo rompías sin piedad. «Incendiarás toda la casa un día de éstos», me decías. O trazaba horizontales y verticales en cuya intersección trataba de adivinar un secreto. Una charada. La creación del mundo. ¡Y el gran padre Mondrian que agonizaba en Nueva York, al ritmo de un woogie-boogie!

—Giulia —me repetiste—. ¿Nunca has oído ese nombre? —yo reparé en tus dos ojos verdes. ¿En dónde los había visto antes? ¿Quién que no fueras tú poseía esos dos haces de luz verde que te iluminaban el semblante? Pero ¿qué importancia podía tener entonces? Giulia era una criatura viva, dotada de una cabeza, cabellos rojos y abundantes, ojos verdes, dos brazos, dos senos, un estómago, dos piernas y, naturalmente, dos pies. Todo eso se llamaba Giulia. Aparte de tu nombre no dijiste gran cosa.

Yo te hablé de pintura mirándote los ojos verde esmeralda adivinando tu desnudez ante mí como ante un espejo o lienzo rojo del que brotaban mil puntos verdes como una galaxia y yo que me perdía en ella y que volaba desde hacía millones de años hacia la Montaña de la Beatitud Celeste junto a un chiwaco negro y dorado mientras a nuestros pies las nubes cubrían Monteyacu y yo que me bañaba contigo en el Tulumayo, desnudos los dos, y que perdíamos las ropas en el bosque y tú que me guiabas con tus dos ojos verdes en la oscuridad y caíamos en orgasmo y nos despertábamos y caíamos en orgasmo y nos despertábamos y caíamos en orgasmo y las ropas no aparecían y nosotros desnudos nos moríamos de hambre y un sabor de bananas nos llenaba la boca hasta que el chiwaco desapareció y yo me precipité de la galaxia roja punteada de verde esmeralda y tuvimos que vestirnos y yo te compré un traje usado en el Marché aux Puces, un Gran Traje de Seda Negro que me recordaba al chiwaco a la Montaña de la Beatitud Celeste a Monteyacu al Tulumayo infinitamente puro y doloroso como el orgasmo.

Pero ¿en dónde había visto esos dos ojos verdes? Al cabo de unas horas sellamos nuestra unión en la letrina oscura e increíblemente pestilente del café. Luego bajamos

al Tabou. Cantaba Juliette Greco vestida de negro, cabellos negros, canciones negras. Versos de Prévert. Bajamos al Vieux Colombier. Detestable Luther. Sentimental Bechet. No pagábamos nunca. Nos echaban siempre sin haber tomado nada. Charlie Parker nos esperaba donde Patrick. ¿Recuerdas a Patrick? Chambre de bonne en la Avenue de Villiers. Cantidades de botellas de cognac. La trompeta dorada de Dizzy. El vuelo supremo de Charlie. La reyerta a las 4 de la mañana en la escalera de Patrick y los resortes de mi viejo reloj en el aire. Una semana me curaste la cara tumefacta. Me preparaste los huevos fritos. Patrick nos llevó el tocadiscos y los discos de Byrd. Nos pidió mil excusas y juró no ver más a Jean-Michel, el demonio. No era verdad. Jean-Michel y Patrick se compartían a Denise, la petite Denise, ¿recuerdas? Se acostaban juntos delante de todos y eran felices, eran hermosos los tres juntos, eran jóvenes como nadie. Raymond, el alquimista, los llamaba «la Santísima Trinidad».

—¿Qué hora tienes? —preguntaste.

—Las 12 y media. ¿Por qué?

—Están cerrando.

—Vamos ya.

Pagamos. O mejor dicho pagaste tú, y salimos.

—¿Vamos hasta la Via Veneto? —tu Gran Traje de Seda me seguía. Olores de restaurantes y oleandros florecidos. Ruidos de vasos y automóviles. Luces. Mesas servidas. Imposible circular en aquel paraje. Los pájaros revoloteaban con gran bullicio. Pasaban como flechas, gritando y retozando hasta muy tarde. Aglomeración de pájaros multicolores en las ramas. La trompeta del Juicio Final: el claxon de una Cadillac blanca. La luna se plantaba entonces sobre los arcos del fondo, suspendida entre los inmensos pinos que guardan el ingreso a Villa Borghese. El espectáculo precipitaba. No podíamos tomar nada allí. Caminábamos, caminábamos, caminábamos. Tu Gran Traje de Seda Negro por las calles doradas de Roma. «¿Qué hora tienes?». «Vamos a dormir». «¿Ya estás con sueño?». «Sí». «Pero si te has levantado a las tres de la tarde». «¿Y eso qué quiere decir?». «Estoy cansada».

Barrios periféricos devastados por las bombas. Sustituidos por casuchas de latas y cajones de fruta que todas las noches se llenaban de ratas y de olores nauseabundos. Jovenzuelos muertos de hambre en Piazza di Spagna, sentados en la escalinata, en la Barcaccia de Bernini, en espera de un milagro. Huérfanos de guerra. Prostitutas. Artistas de teatro y de revista. Excombatientes americanos. Desocupados meridionales. Rufianes. Pintores y escritorzuelos de todo el mundo. Tú te pasabas las horas sentada en la parte alta de Trinità dei Monti o en un insignificante café de la Via della Croce.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Giulia —me respondiste. Y ante mi expresión de sorpresa—: ¿Nunca has oído ese nombre? —yo recordaba tus ojos, los había visto antes, en alguna parte. Estaba seguro. Pero ¿qué importancia podía tener?

—Sí, naturalmente. Tengo también un amigo que se llama Giuliano.

¡Giuliano! ¿Giulia me recordaba los ojos de Giuliano? ¿Los ojos de un gordo insolente, fabricante de helados y chocolates en Lima? Tú me miraste casi sonriente. Tus ojos verdes, tan familiares, ¡qué coincidencia! ¿Y si los juntara, los ojos de Giulia con los de Giuliano, qué sucedería?

—Es un amigo de infancia. Está en Roma ahora. Si quieres podríamos salir a dar una vuelta en su coche mañana.

—¿Por qué no? No tengo nada que hacer.

(Shelah-na-Gig, el burdel del puerto, era verde. Verde esmeralda las paredes, la pantalla, la cretona de la cama, el gran espejo verde ante la cama verde. Verde la ramera y sus orines verdes bajo la cama, en aquel vaso verde de porcelana rota con florecillas y hojas verdes, de estilo art nouveau.

Shelah-na-Gig, la ramera, sonreía, sonreía con tres dientes solamente, cigarrillo y uñas rojas, escote, vientre y piernas gordas y zapatos diminutos. Irlandesa se decía la diosa de ojos verdes, rimmel verde en el espejo verde —chalaca de corazón, de oficio, de amor por su gran zambo estibador y amante de pene duro e imponente.

Shelah-na-Gig sudaba ante su vista. El placer le obstruía la garganta, penetraba en ella como una banana. Grumos de ella descendían a su estómago y la saliva le quemaba. Él le lamía el vientre, el nacimiento de los muslos y el ombligo, hundía la cabeza redonda y oscura bajo sus senos inmensos. Shelah-na-Gig gritaba.

Millares de piojos hambrientos. Millares de pulgas. Millares de hormigas rojas devoraban su cuerpo. Pero él no la oía. La verga colosal abría ya como una rosa sus labios sin dientes. Rocío-saliva en la corola tierna. La abeja gorda de placer bebía el néctar luminoso sobre la alfombra verde. Millares de naranjas podridas hedían en sus axilas y el sudor la barnizaba como a una divinidad prehistórica, esteatopígica, celta, hotentote.

De irlandesa Shelah-na-Gig conservaba el pelo rojo del pubis. Los ojos verdes de rimmel. Todo el resto era chalaca y zamba de pura sangre.

Su fealdad brillaba entre los brazos potentes del bruto y Shelah-na-Gig, la santa de pelo pintado, lloraba de felicidad cuando él se arrodillaba ante ella como en una plegaria y le lamía el culo enfurecido durante horas antes de penetrarla chillando en un charco de esperma, sudor y saliva sobre la cretona verde del catre sollozando mordiendo arañando mojando paredes y techo aplastando resortes crujiendo el sommier enmohecido y cabellos mojados cubriendo la zamba y el zambo amarrados llorando babeando con nalgas arriba y abajo pateando la luna la zamba mortal y medio encogido adelante con ángel el zambo.

Sobre la cretona verde pestilente la serpiente boa dormía de nuevo entre las

piernas del zambo dormido. Entre el follaje esmeralda, sobre la alfombra cubierta de frutos podridos, en las paredes verdosas la verde penumbra post coitum, verde.

La zamba y el zambo buscaban sus ropas dispersas en toda la pieza. La escena se repetía, tal y cual, a través del espejo verde del burdel. Pero ¿para qué vestirte Shelah-na-Gig?

—¡No hay mujeres te he dicho! Te cobro poco yo, si quieres.

Mi tío Miguel insistía:

—No. Tú eres muy vieja. ¿Y Rosita?

—¡Ocupada! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

—¿Toda la noche?

—¡Sí! Toda la noche.

—¿Con quién está?

—¿Qué diablos te importa a ti? Con un hombre.

—¡Maldita sea! ¿Y Lucrecia?

—Ocupada también. ¡Figúrate! Ésa no tiene una noche libre.

—¿Qué edad?

—Quince años. ¡No te hagas el cojudo! Sabes muy bien la edad que tiene. Hoy es inútil, te he dicho. Si quieres...

—¡No, no! Volveré mañana.

—Mañana tampoco. El sábado.

—¿El sábado? ¿Con toda esa chusma de soldados y serranos?

—¿Por qué? ¿Te dan asco? ¡Ojalá te volvieran maricón, viejo de mierda, a ver si me dejas en paz!

Shelah-na-Gig se encogía. El adolescente con boca de sapo babeaba su cuello adiposo. Shelah-na-Gig lo insultaba. «¡Acaba, rosquete!». Le ponía las manos en el culo, le abría las nalgas reseca, avanzaba la vulva velluda. El adolescente desaparecía entre sus muslos enormes. Se debatía como una mosca en las fauces de una araña. Shelah-na-Gig recamaba en sus costillas, en su espalda huesuda, en su culo pestífero. El serranito insistía. Una paloma tibia le llenaba los testículos, pugnaba por la uretra. «¡Mamita mía!». El adolescente daba a luz a su madre rodando por los acantilados cubiertos de nieve envuelto en un poncho de luces cegadoras mientras una explosión nuclear lo aniquilaba cubriéndolo de un manto de mierda caliente salida de su propio culo junto con los gusanos y las luces verdes de coca del cementerio de La Oroya, ¿recuerdas? —«Shelah-na-Gig, lávame ahora, mamacita. Estoy todo sucio»—. El adolescente de bronce enderezó sus pelos

brillantes hacia atrás. Los ojos negros fijos como piedras o meteoros penetraban en la nada.

Shelah-na-Gig se sentó pesadamente y observó su rostro cansado ante el espejo verde. Giuliano dio unos pasos hacia ella. «¿Qué tal?», le dijo, y se sentó a su lado. Ella siguió mirándose en el espejo sin contestarle. «Hace calor», dijo él. Se quitó la camisa y los pantalones y se tendió en la cama crujiente. «¿Hay algo de comer?». «Cebiche y plátanos fritos. ¿Quieres?». «Ahora no. Más tarde». Al cabo de un instante Shelah-na-Gig estuvo a su lado. «No estás tan mal, blanquito», le dijo, palpándole ligeramente el pene erecto, que él endureció con ostentación. Luego se hundieron en la cretona verde y sucia de semen ajeno entre millares de naranjas podridas que se extendían a las cortinas y a una poltrona grasienta con la camisa y los pantalones de Giuliano mientras de un basural vecino vigilado por decenas y decenas de gallinazos negros subía un olor penetrante de carroña y excrementos diversos.

En la floresta verde-cretona del burdel, Shelah-na-Gig reinaba imperturbable. ¿Quién no habría reconocido en la bombilla roja de la divinidad a la única luz verdadera? En el santuario verde de la diosa, dólmenes y menhires eran los muebles, títulos y emblemas su atroz lenguaje y su sífilis milenaria. La Maestra del Mundo, hija insondable del Agartha, perduraba por los siglos de los siglos. Suprema vidente, abyecta poetisa de una noche, Shelah-na-Gig robaba el fuego viril sin ensuciarse, sin pronunciar una palabra, sin escribir un solo verso, sin humillarse jamás, sin haber visto nunca el cielo ni contemplado el sol en los ojos, porque la diosa era ella y su propio cuerpo su iglesia.

—¡Espera un momento! —exclamó Giuliano. Sudaba copiosamente y tenía las manos y los pies ensangrentados. Entre el follaje esmeralda, sobre la alfombra cubierta de frutos podridos, el cuerpo de Shelah-na-Gig penetraba gota a gota en el suyo y se expandía en deflagraciones microscópicas que arrojaban de su sangre una diversidad de criaturas infernales. Un ser de alas membranosas, con todos sus órganos y sus vísceras afuera, desapareció aullando entre las paredes verdosas.

La iniciación duraba siglos. Shelah-na-Gig blandió un cuchillo a la altura de su vientre, una verga sinuosa y esmaltada como la serpiente boa se enroscó en su cuerpo desnudo. Giuliano la miró sin fuerzas, con los ojos entrecerrados.

(Pero el Papa —todo el amor del mundo— se sentó a su lado y disponiendo con gran cuidado los pliegues de su capa de seda blanca quitándose con parsimonia la mitra de seda blanca de mística flora dorada y casulla y estola de idéntico modo bordadas Su Santidad se sentó a su lado.

La mano enjovada del Papa una cruz sostenía.

Corte. Escena 112, toma 8: «La Conquista del Perú»).

Giuliano desapareció en un batir de alas brillantísimas en el fondo del espacio. Su cuerpo yacía tendido sobre la mesa de operaciones con todos sus órganos y sus vísceras afuera.

En la floresta verde-cretona del burdel, el cuerpo de Giuliano respiraba todavía. ¿Cómo resistir a ese instante de perfección entre los brazos de la diosa? Un acre olor a naranjas podridas invadió sus narices y una felicidad sin nombre se apoderó de su cuerpo.

Shelah-na-Gig penetró entre sus piernas de macho, profanando sus entrañas).

Unos días después nos instalamos en una pequeña pensión del barrio. Posabas para una revista de modas entonces, pero no parecías dar la menor importancia a ese trabajo. Lo considerabas indispensable para vivir y nada más. Nunca me dijiste qué cosa realmente hubieras querido hacer, aparte de trabajar para vivir. La única vez que te lo pregunté tu respuesta fue definitiva para mí. Acababas de levantarte y me miraste con distracción, te acercaste a mi mesa de noche, cogiste un cigarrillo y lo encendiste tranquilamente, lanzaste una bocanada de humo y te dirigiste al rincón opuesto de la pieza, en donde teníamos el calentador y algunos víveres para el desayuno.

—No tenemos leche —me dijiste—, ¿quieres el café solo?

Yo asentí. Tú, sin mirarme, encendiste el gas, pusiste a hervir el agua y preparaste la cafetera y las tazas. O preparaste la cafetera y las tazas, pusiste a hervir el agua y encendiste el gas. O pusiste a hervir el agua, encendiste el gas y preparaste la cafetera y las tazas. Luego me trajiste el café al lecho y te sentaste a mi lado, sorbiéndolo ávidamente. Terminado el desayuno, sin decir una palabra, encendiste un nuevo cigarrillo, esperaste que a mi vez terminara el café, retiraste luego las tazas y sin lavar nada te acercaste al espejo y empezaste a maquillarte con gran cuidado. Como todos los días. Yo hubiera podido disfrazarme de ti, travestirme de ti, si hubiera querido, a tal punto conocía los más sutiles gestos de esa diaria ceremonia. Antes de salir me dijiste que no te esperara hasta por la noche. A las 10, en el café. Tenías que trabajar todo el día. ¿En dónde? En el estudio fotográfico sin duda. Esperé que cerraras la puerta y me envolví otra vez en las sábanas. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas, pero no sufría absolutamente nada. Tuve la tentación de clavarme un alfiler en el cuerpo, pero me faltó coraje para ello. Me arrebujé golosamente en mi propio calor. En el olor de mi cuerpo. En el tacto familiar y velludo de mi piel. En mi respiración y mi aliento pestífero de hombre. Bostecé profundamente. Cerré los ojos en el fondo de la almohada y sonreí: el universo no era sino un inmenso, deslumbrador presente.

Tu Gran Traje de Seda colgado en la pared. Vacío. Tus dos ojos verdes afuera, en la calle. Igualmente vacíos. ¿No me habría equivocado? ¿Cómo sería Giuliano con tu Gran Traje de Seda, con tus cabellos rojos? ¿Cómo serías tú con su camisa, su vestido azul, sus zapatos lustrados? Janus bifronte, Herma de dos cabezas, ¿cuál de los dos me engañaba? ¿Tú con tu pobreza, tu incomprensible sonrisa, tu graciosa delgadez? ¿Giuliano con su gordura, sus millones y sus fábricas? Idénticos los dos. Los mismos ojos verdes traidores. Las mismas ropas inútiles.

¿Para qué vestirnos? Que los elementos, la maleza, las alimañas del bosque

destruyeran nuestras ropas. Viviríamos desnudos. ¿Para qué vestirnos? Camisas huecas almidonadas con sacos y pantalones hediondos junto a vestidos de seda vacíos y sosténenos y calzones vacíos. «Encantado señorita». «¿Habla español?». «¿No?». «Yo hablo un poquito de francés». «Comme ci, comme ça». «Bonjour mademoiselle». «Quel’heure est-il?». «Allez diner?». «¿Cómo se dice “dónde desea ir”?». «Où desirez vous aller?». «¡Ah, sí!». «Où desirez vous aller, mademoiselle?». «¿Está bien así?». «Perfecto». «À Lapérouse». «Très bien, à Lapérouse». «¿Dónde queda?». «Te lo digo yo». «J’ai la voiture». «Par ici, s’il vous plaît».

Giuliano te encendía los cigarrillos. Trataba de sumir la panza. Tú reinabas entre candelabros y terciopelo rojo. El soufflé te hacía llorar. El Moët et Chandon te iluminaba. Tu Gran Traje de Seda caía majestuoso sobre el terciopelo rojo. Giuliano deslizaba deslizaba deslizaba. Sus zapatos lustrados tocaban los tuyos. Tú empezaste a reírte como una niña. Tus mejillas eran llamas. El champagne te hacía bien. Burbujas de ópalo brotaban de tu seno. Giuliano continuaba deslizando. Su dedo meñique acariciaba tu rodilla. Tú lo miraste de improviso. Él sumió la panza de golpe.

«Los invito a Lima ahora mismo». «¿Qué les parece?». «Puedo alojarlos en mi casa de campo. Yo iría sólo a fines de semana. Pueden quedarse todo el tiempo que quieran. Con piscina y automóvil. ¿Qué me dicen?». «Qu’est-ce que vous dites, mademoiselle?».

«Se llama Giulia».

«Ah, claro, Giuliana, ¡como yo!».

«Je ne sais pas, moi. Demandez à lui».

«Vous êtes italienne, n’est-ce pas?».

«Je vais a Rome aussi, voulez vous venir avec moi?».

«Êtes-vous de Rome?».

«Non. Je suis vénitienne».

«Ah, vénitienne!». «C’est très joli Venise». «Moi aussi, je suis italien». «Moitié-moitié seulement». Mais je parle italien. Un peu. Poco, poco. «Mio padre ligure andato in Perú giovanotto mai più tornato in Italia. Io nato vicino selva».

«Sua madre era peruviana, vero?».

«Sì, mia madre peruviana».

Giuliano me miró por primera vez en toda la noche. Sus dos ojos verdes insignificantes no eran ahora sino dos cabezas de alfiler.

«¿Más champagne?».

«¡Sí, por favor!».

Su mano se había retirado de tu rodilla. Tenía todo el vientre afuera ahora y sudaba. Tú lo mirabas como desde una nube. Giuliano eras tú misma, pero con ano. Con panza. Con zapatos lustrados. Con millones. ¡Pobre Giuliano!

Tus cabellos rojos brillaban bajo los candelabros. Todo el lugar parecía invadido por ellos. Grupos de sacos y smokings con camisas huecas almidonadas y corbatas de lazo y pantalones hediondos junto a vestidos de seda brillante y combinación y calzones vacíos. Figuras inmóviles en torno a ti. Giuliano bufaba a tus pies. Giuliano constructor de barrios limeños. Dueño de fábricas de helados y chocolates, de margarina y ladrillos.

«¿Sabes que he comenzado a exportar chocolates a Chile?».

«¡Ah, sí! Muy bien».

«El año próximo abriré una fábrica en Santiago».

«¡Formidable!».

«¿Por qué no se vienen a Lima conmigo?».

«La idea es fantástica. Depende de Giulia».

«Piénselo bien. Casa con piscina y automóvil. Es un descanso, ¿no?».

¿Cómo habrá hecho? Era un muchacho del campo. Hijo natural de un italiano y una chuncha. Nos conocimos apenas. Éramos adolescentes. Luego nos vimos en París, quince años después. No estudió casi nada Giuliano. Sólo la primaria. ¿Será verdad que una rica señora se enamoró perdidamente de él y que abandonó familia y relaciones y se lo trajo a Europa? ¿Que robó y chantajeó a un Ministro maricón? ¿Que después de un viaje a los Estados Unidos, en donde hizo lo mismo, regresó a Lima y abrió su primera fábrica de helados? Deben ser chismes. Tiene mérito, de todos modos. La metamorfosis era perfecta. Sus ojos verdes no eran ya sino alfileres. ¿Cómo sería vestido con tu Gran Traje de Seda, Dogaresa? ¿Y tú con su camisa blanca, su corbata negra, sus zapatos lustrados?

Estiré un brazo fuera de las sábanas, cogí un cigarrillo y lo encendí. De improviso todos mis pensamientos se detuvieron. Me vinieron unos deseos imperiosos de decir algo. Pero la frase que yo buscaba no estaba hecha de palabras. Ni tampoco de pensamiento. Era como una sed ardiente. Como un vacío entre el corazón y el estómago. Todos los poemas escritos durante mi adolescencia parecieron quemarse rápidamente dentro de mí y convertirse en humo. Una última llamarada en la que desaparecían para siempre las palabras, dejándome sumido en una luminosa y solitaria perfección. La dorada jaula terrestre acababa de abrirse ante mí. Me ofrecía

algo que todavía no estaba en condiciones de aceptar.

Una pureza indescriptible hacía aparecer sagrados mis menores gestos. Superfluo mi propio pensamiento. Perecedera e inútil la más espléndida belleza. El universo entero no era nada comparado con mi propio cigarrillo, con su ceniza grisácea en el cenicero de loza blanca sobre mi silla de paja apoyada sobre el piso de madera crujiente en ese cuarto de pensión de la Via della Croce en la ciudad de Roma Italia república democrática europea del planeta Tierra séptimo de un sistema solar situado en la periferia de la Vía Láctea constelación a espiral del mundo conocido.

Toda mi vida pasada y futura se arremolinaba allí ahora. Las cortinas abiertas me invitaban a volar. Dos alas inmensas rebalsaban de la cama. Me pesaban a la espalda. Suntuosas alas de plumas áureas, tornasoladas, bermellón, naranja. Cualquier vuelo sería posible con ellas. Cualquier misterio se aclararía al instante. Un chiwaco negro me esperaba en la ventana, me indicaba la ruta. Discos y mariposas gigantes de oro antiquísimo me acompañarían sobre los Andes hasta el Ombligo del Mundo. Sobre el Himalaya, hasta la Montaña de la Beatitud Celeste. Lejos, las deflagraciones atómicas. Las incesantes cascadas de sangre. Las maravillas del arte. Los prodigios de la industria y la tecnología. La partenogénesis. La física matemática. La cibernética. El control del tiempo y de la gravedad. La victoria sobre la muerte. Lejos, lejos todo. Mi sed había aumentado y sólo atiné a refrescarme los labios con un vaso de agua que encontré a mi alcance. Las grandes alas brillantes me servían ahora para nadar. Se habían vuelto invisibles en la inmensidad de un vaso de agua. En mi rudimentaria estructura molecular la luz vibraba ahora triunfante como en un templo de vidrio.

Pero ser una sola cosa con la luz no era nada todavía. Poseer la sustancia del ángel, ser el Alfa y el Omega, ser inmenso como el sol y diminuto como el átomo, no era nada todavía. La infinitud de mi medida devoraba números y números y números, pero no incluía nada. Era el vacío total. La creación entera se había transformado en cifras. Una gigantesca muralla que mis alas no podían superar. En la trayectoria de una estrella, en el vuelo de los ángeles como en la música de Mozart ¿no había sino cifras? Las pirámides de Egipto reposaban cómodamente en la palma de mi mano. La velocidad de la luz era una vela encendida a costas de una tortuga. Cifras solamente. La eternidad misma era una cifra cualquiera.

Me levanté de la cama. Abrí la ventana y observé el mercado que hervía a mis

pies. Eran las 10 de la mañana de un día sábado. Todo el barrio se movía allí haciendo acopio de provisiones para el fin de semana. Me volví hacia el rincón que nos servía de cocina y despensa y constaté que no teníamos alimentos. Cogí mis pantalones de la silla y hurgué en los bolsillos. Me quedaba apenas una mísera cifra: 200 liras.

Bruscamente el olor de la miseria —vaga mezcla de aguardiente, mohó y lana quemada— me asaltó brutalmente. Un intenso sabor a sangre me llenó la garganta. Dos gotas rojas se asomaron a mis narices, que rápidamente enjuagué con un pañuelo. «Efecto de la primavera», me dije. O como cuando viajaba a Monteyacu y, al pasar la Cordillera, me sangraban la nariz y las orejas.

—¿El señor es de Lima?

—Sí —respondí.

—¿Tiene tierras en Chanchamayo?

—Sí —volví a responder.

—¿Café?

—Sí.

—Debe rendirle muy bien.

—No lo sé realmente. No me ocupo de eso yo.

—¿Qué hace entonces? ¿Estudia?

—Sí.

—¿Y no piensa dedicarse a la hacienda? Sé que su madre es viuda. ¡No se sorprenda! Aquí sabemos todo de todos. El oficio, sabe usted, nos obliga. ¿Sabe qué le digo? Su madre es una gran señora. La última vez que la llevé a La Oroya me dio cinco soles de propina. Es muy buena persona. Tan comprensiva —el chofer calló un instante. Luego volvió al ataque—: De modo que no piensa ocuparse de la hacienda.

—Yo no sé. Yo no he dicho nada. Mi madre quiere que siga una carrera, y yo también lo quiero.

—¿En la universidad?

—Naturalmente —el individuo hizo una maniobra brusca y embocó una curva cerradísima. Callaba otra vez y de cuando en cuando me observaba a través del espejo. Se levantó ligeramente del asiento, como incomodado y se arrellanó nuevamente.

—¿Sabe qué le digo? —volvió a repetir, moviendo la cabeza—. Usted no sabe lo que tiene. Es un muchacho todavía. Es cierto. Pero, óigame a mí, yo en su lugar dejaría todos esos estudios y daría una mano a mi madre, ¡qué carajo! ¿Cuántos años tiene su madre?

—Cerca de cincuenta creo.

—No es una anciana, pero ya no está tampoco en edad de trabajar por usted.

—Tenemos un administrador.

—Naturalmente les robará lo que le da la gana. ¿Cómo se llama?

—Es el señor Ortega —le dije a regañadientes.

—¿Ortega? ¿Miguel Ortega? —repitió. El hombre me miró deliberadamente a través del espejo, con un gesto sardónico, y no pronunció una palabra. Conducía con seguridad, casi con elegancia. La comarca se hallaba aún invadida por un vientecillo tibio que venía de los bosques.

Los perfumes surgían como dardos tenues y prolongados. Llegamos finalmente a un puente de madera, suspendido por gruesos cables de hierro. A la distancia, altísimas montañas nevadas ascendían en la luminosidad de la tarde. A tal altura no se encontraban ya insectos ni se percibían trazas de ruidos ni de perfumes. La atmósfera era como una sucesión de planos áureos y transparentes tan soberanamente precisos que el menor movimiento, la menor irrupción de un cuerpo extraño, el menor ruido superfluo habrían precipitado esa tierra en el caos. Y no obstante, gracias a la cercanía de la flora y de la fauna, de la lluvia y del sol que regresaban a diario, de los derrumbes y temblores que continuamente sacudían el paraje, todo era allí inminente, todo estaba siempre por nacer o por morir por aparecer y destruirse y volver a aparecer y destruirse nuevamente sin que nadie moviera un solo dedo ni se atreviera a respirar.

Cruzamos el puente lentamente y continuamos por la tierra firme.

—De modo que no le gusta la montaña, ¿eh?

—¿No me gusta? ¿Por qué cree entonces que regreso?

—Quién sabe. Para cazar mariposas, supongo —replicó con insolencia. Y prosiguió—: A mí personalmente no me gusta, pero si tuviera tierras sería otra cosa.

—Seguramente tiene razón. De todos modos, no sabe usted lo que se pierde —lo interrumpí.

—¿Qué cosa me pierdo? No me gustan las chunchas. Apestan a yerbas y les huele la boca a masato. Su tío lo sabe muy bien. ¿Es su tío don Miguel Ortega, verdad? —el chofer volvió a mirarme por el espejo, sin agregar más nada.

Llegamos a La Oroya sumidos en el más completo mutismo. El tren para Lima salía al día siguiente. Era mi primer viaje solo y por primera vez observé el lugar. La cordillera parecía suspendida en una inmensa nube mineral. La atmósfera era helada y extrañamente inmóvil, como de plomo. Me faltaba la respiración. La sangre parecía hervirme en el cuerpo. Me faltaba también la gravedad. ¿Cómo no lo había reparado antes? Aquélla no era la limpieza del aire purificado por el verde, sino un vacío estallante. Una dimensión tan aguda que partía en dos los sentidos con una hoja afiladísima. Desapareció el peso de mi cabeza. Esa lámina silenciosa me la había cercenado y en su lugar no sentía sino una especie de agitación luminosa. Un batir de alas centelleantes. Una espantosa transparencia. El espectro solar me atravesaba como a una pompa de jabón a punto de estallar. Los indios me rodeaban y se

reflejaban en mí como tropeles de bestias, con los labios negros y las mejillas abultadas por la coca. Surgían de las minas envueltos en sus ponchos miserables. Uno de ellos acercó su rostro a mí. Sus ojos brillantes reflejaban una habitación en desorden: cortina rojiza, lámpara amarilla y una cama revuelta en la que yacía yo con los ojos abiertos. Un olor a aguardiente e inmundicia invadió la habitación. Yo me levanté de la cama, me dirigí hacia la ventana y la abrí. Hurgué luego en los bolsillos de mi pantalón. Reuní algunas monedas. Seguí buscando sobre la mesa de noche. En los bolsillos de un saco. Debajo de la cama. Pero no encontré más nada. Poco a poco volví a sentir el peso de mi cabeza sobre los hombros. Los oídos me dolían y a mis narices asomaban dos coágulos de sangre negra.

Nada, Dogaresa, nada pudo servir mejor a mi intolerancia por los demás que tú misma, delante de mí, en el papel de suma sacerdotisa de mis deseos y de mis sueños. A fuerza de buscar la luz hubiera podido devorarte un seno, y tú habrías sufrido de esa llaga incurable como de una enfermedad dulcísima, sin lamentarte. Porque tú ya casi no percibías tu cuerpo, no lo distinguías del mío. En el fragor de la noche todo nos estaba permitido, hasta quitarnos nuestro cuerpo por momentos y volvernos una sola criatura celeste, un solo resplandor sobre el lecho. Aunque luego, durante el día ¿recuerdas? el silencio cayera entre nosotros como un manto de plomo. Como las víctimas del Vesubio —pobres larvas convertidas en piedra, carbón, metal orgánico, momias de la vida diaria—, como las criaturas quemadas por la lava y la ceniza, nuestras palabras en adelante no emitirían sino silencio. ¿Transmutación divina? ¿Sabiduría completa? ¿O total ignorancia? ¿Para qué decir nada entonces? ¿Para qué escribir?

Tú eras la encargada de avivar el fuego. Casi no te vestías en casa. Dabas vueltas por la habitación cubierta apenas con una toalla o una bata. Yo adoraba tu vulgaridad, tu instintiva rectitud, tu elegancia salvaje. Fumabas sin descanso y bebías docenas de tazas de café al día. Luego, cuando éste o aquéllos faltaban, telefoneabas al bar de la esquina y recibías al mozo semidesnuda con los pies en el suelo mientras yo me hundía entre las cubiertas avergonzado, pues era yo el que lo provocaba a través de tu cuerpo, definitivamente habitado por mis caprichos. Hasta que un día lo inevitable tuvo lugar. Tú desvestiste al muchacho como quien celebra una misa y lo volviste a vestir como quien entierra a un general derrotado. Pero aquélla fue la única vez que compartimos nuestro lecho con un desconocido. Las aguas fangosas de la Serenísima resbalaban sobre tu blanco plumaje, oh Pajarito. Tu cabeza inclinada hacia atrás, el cuello terso como en una novela de Xavier de Montepin, parecías palpar aún sobre la mesa de mármol. El Gran Traje de Seda ausente, tu desnudez resplandecía. ¡Y ni un solo fotógrafo, ni una sola noticia en los periódicos! Nunca tuviste suerte, cara mía.

Tú empezaste a reírte como una niña, mientras Giuliano deslizaba deslizaba deslizaba. El champagne era tu elemento natural. Tú reinabas entre espejos Luis XIV y terciopelo rojo. Tus cabellos ardían en un candelabro. ¿Reyes del petróleo? ¿Príncipes en exilio? ¿Armadores griegos? ¿Estrellas del cine? Grupos de sacos y smokings con camisas huecas almidonadas y corbatas de lazo y pantalones hediondos

junto a vestidos de seda brillante y sosténenos y calzones vacíos. Figuras de cera en torno a ti. ¿Quién se pondría ahora tu Gran Traje de Seda? ¿Quién lo arrastraría como un atuendo real, como una cola de faisán, como una inútil metáfora de la noche, al rayar el alba? ¿Giuliano tal vez? ¿La antigua Venus Anadyomene obesa y pudibunda? Lo habíamos buscado tanto aux Puces ¿recuerdas? Entre corredores de lámparas Tiffany. Consolas Imperio. Muñecas degolladas. Cerraduras. Máscaras Dogón. Baterías oxidadas. Anteojos. Collares. Espejos. Estampas barrocas. Japonesas. Belle époque. Medias y zapatos usados. Sarcófagos egipcios. Falsos Puvís de Chavannes. Falsos Toulouse-Lautrec. Discos de Caruso. Dentaduras postizas. Falsos santos bizantinos. Medias y zapatos usados. Crinolinas. Veneno para las ratas. Porcelanas Meissen. Soldados de plomo. Colchones pestíferos. Televisores rotos. Veneno para las ratas. Falsos bronceos etruscos. Falsos cuadros de Renoir. Medias y zapatos usados. Tanto lo buscamos. ¿Quién se lo pondría ahora? Tanto lo buscamos. ¿Tal vez Giuliano? Tiene los ojos verdes. Casi tu mismo nombre. Tiene además ano, es verdad. Y zapatos lustrados. Vientre y trasero muy gordos. Pero ¿qué importa? Te admiraba tanto. ¿Recuerdas la primera vez? La saliva lo inundaba. El sudor igualmente. Fuimos al Pincio esa noche. Sin un centavo otra vez. Todo lo gastamos en tu Gran Traje de Seda. Nos moríamos de sed. Ni un solo helado nos estaba permitido. Hacía calor. Nos sentamos en el muro de la terraza y miramos hacia abajo: Piazza del Popolo brillaba en tus dos ojos húmedos, resplandecientes. Tú reíste como una niña, pero ¿qué cosa fuimos, Dogaresa? ¿Qué sucedió en el Canal? ¿A quién buscabas en Venecia? ¿A tu padre, a Rodolfo, el marinero que tanto amaste? El zarpazo final no fue mío, te lo juro. Soy inocente. Yo adoraba tus modales, tu graciosa delgadez, tu absoluta indiferencia, tu aliento de menta. Luego llegó la «astronave». Así llamabas tú a la Cadillac blanca de Giuliano.

Y más aún, oh monjes, cuando un monje observa un cuerpo, abandonado sobre un lecho, convertido en hilachas por los buitres y los cuervos, devorado por millares de gusanos, él así medita sobre su propio cuerpo: este cuerpo mío es de la misma materia, y así se volverá. No puede evitarlo.

SATIPATHANA SUTA

Calles de San Ramón repletas de indios, vendedores de yerbas, frutas, monos, pájaros bulliciosos. Yo seguí una vía estrecha y polvorienta. A su término comenzaba otra vez, henchido de olores agrestes, el valle del Tulumayo. Continué por un sendero tachonado de herraduras de mulas y caballos. Me detuve para beber en un torrente y observé mi rostro cansado en el agua límpida. Seguí caminando.

Me encontré de pronto al ingreso de un inmenso naranjal. Un pequeño campo de bananas lo precedía. Elegí una especie diminuta, el plátano-manzano, me senté en la yerba y empecé a comer. Fue entonces que surgió Giuliano por entre las ramas de un naranjo.

Yo lo atribuí a las radiaciones solares que bombardeaban mi cabeza, pues era ya el mediodía. Luego me dije que aquella figura no era sino la mía: la misma que hacía un instante había impresionado mi retina, inclinado sobre el agua clara del torrente. Pero esta última imagen era mucho más armoniosa y radiante que mi reflejo. Poseía además dos profundas luces verdes en el semblante que le daban un cierto aire de luciérnaga solar.

Pero ¿cómo explicarlo? Ante su vista todo se detenía. El sol se ennegrecía. Los pájaros callaban. El río cesaba de correr. Un olor penetrante, mezcla de azafrán y de huesos calcinados, invadía el aire. Venía sin duda del cementerio local, villorrio enano de casas blancas coronadas por una cruz de madera. Ante las tumbas languidecían florecillas silvestres dentro de latas de conserva enrojecidas por el moho. El sol caía allí a flechazos y un ridículo arcángel de yeso, con las facciones de Giuliano, tocaba una trompeta rota.

Giuliano dio unos pasos hacia mí. «¿Qué tal?», me dijo, y se sentó a mi lado. Se hallaba descalzo, salpicado de yerba y masticaba una banana igual a la mía. Yo seguí comiendo sin mirarlo. Giuliano se pasó una mano por la cabeza e inclinó hacia mí, distraído, el rayo oblicuo de sus ojos. (De milagroso en él no había sino ese gesto: cuando se llevaba una mano a los cabellos, se rascaba con impaciencia y, mientras lo hacía, me miraba con la cabeza inclinada, el rayo oblicuo de sus ojos pronto a aniquilarme sin piedad alguna. Yo no lo miraba entonces pero sentía que me llenaba

de espanto y que el encuentro con su mirada me habría hecho gritar. Luego él volvía la cabeza a un lado y terminado su maléfico efluvio, devuelto a su nebulosa actitud de bestia joven e inquieta, continuábamos la conversación o el juego inocente).

Luego él se incorporó y yo, seguro de que desaparecería, sentí que la banana me obstruía la garganta. Grumos de ella descendieron a mi estómago y la saliva me quemaba. «Hace calor», dijo él, y se quitó la camisa: mezcla monstruosa de muchacho y pájaro sagrado. «¿Por qué no vamos al río?», preguntó. «Tendríamos que atravesar todo el naranjal», le respondí. Y él: «¡Qué importa! Yo lo hago todos los días».

El río, en aquel punto, era muy correntoso. «¡Imbécil! —pensé—. Nos ahogaremos. Los peces y las hormigas rojas devorarán tu cuerpo y yo no podré hacer nada para resucitarte». Pero él no me oía.

Me levanté y lo seguí. Giuliano me guiaba saltando por entre las matas con los pies desnudos, sin lastimarse en lo más mínimo. Millares de naranjas podridas cubrían el suelo de una alfombra áurea y pestilente. Centenares de arbustos jóvenes surgían a nuestro paso, plagados de pequeñas espinas y hojas lustrosas. Giuliano los entreabría con las manos y los brazos como quien abre suavísimos abanicos. Ni un solo rasguño turbaba su piel completamente lisa.

Él pasaba todo el año allí, asistiendo, durante el invierno, a la escuela de la Misión. El resto del tiempo ayudaba a su padre. Toda su radiante juventud, la extraordinaria claridad de su mirada, provenían de la tierra verde y del sol ardiente. Asistía regularmente a los trasplantes, la poda y la cosecha de las naranjas, contando uno por uno los nuevos arbustos, observando el crecimiento de las ramas y las flores y, finalmente, los frutos. La luminosidad de su semblante, por momentos, transformaba su cuerpo en una sombra. Otras veces, en cambio, cuando una planta moría o los piojos blancos la invadían, el rostro de Giuliano se oscurecía y sólo su cuerpo macizo parecía existir violentamente. Sus pies curtidos se apoyaban en la yerba y él, observado así, con el sol sobre la nuca y el torso desnudo, las manos altas, ocupadas en cortar una rama o limpiar un tronco, inauguraba limpiamente y sin esfuerzo el primer gesto del hombre en el planeta. Giuliano y yo éramos prácticamente iguales, casi de la misma edad, crecidos en los mismos campos. Sin embargo sólo su cuerpo parecía existir, haciendo casi desaparecer el mío a su lado.

«¡Espera un momento!», grité, con los pantalones y la camisa hechos jirones. Sudaba copiosamente y tenía las manos y los pies ensangrentados. Giuliano se volvió sonriente. «¡Camina! —exclamó—, ¡ya falta poco!». Yo me sentía a merced suya en ese bosque cruel del cual no podría salir sin su ayuda. Giuliano me conduciría al río y no sería él entonces, sino yo quien perecería en las aguas turbulentas del Tulumayo, devorado por los peces y las hormigas rojas.

Llegamos finalmente a la ribera. Él me miró triunfante. «¿Qué te parece?», me preguntó. «Creo que conozco este sitio», respondí. Era cierto. Conocía ya esa playa de arena blanca circundada por el enorme naranjal. Entonces nada sabía de Giuliano. Había oído hablar sólo de su padre, un agricultor italiano de la región que gozaba fama de seductor y de tramposo. Su dudosa prosperidad y sus hazañas con las mujeres casadas y las indias eran famosas. Giuliano era, sin duda, uno de esos frutos. Entre sus dos ojos verdísimos, la nariz recta y los labios bien diseñados le conferían un aire estatuario que contrastaba con la exuberancia tropical de su cuerpo y sus ademanes vivísimos. Me era imposible imaginarlo viejo, enfermo o cubierto de grasa.

Él se desnudó rápidamente entre las matas y corrió hacia la playa. Cogió unos guijarros y los aventó contra la corriente. Al cabo de un instante, estuve a su lado. «Tú no estás tan mal», me dijo, palpándome ligeramente un brazo. Yo abulté los bíceps con ostentación. Luego nos hundimos en el agua rápida y fresca, nadando contra la corriente. Después de una larga hora pasada entre zambullidas, carreras, buceos en busca de piedrecillas y demás juegos, Giuliano volvió a la playa y me gritó que tenía hambre. Yo lo seguí y juntos comimos algunas bananas, naranjas y otros frutos silvestres del lugar. Nos tendimos luego sobre la arena, bajo un sol demoledor.

—¿Cómo es Lima? —me preguntó. No la había visto sino una vez de muy pequeño, y no recordaba nada.

—Es muy fea —le respondí.

—¿Por qué?

Yo traté de explicarme confusamente, pero mis argumentos no lo convencieron.

—Será porque tú vives allí —me dijo finalmente, y empezó a jugar con un puñado de arena. Cogí a mi vez otro puñado y comencé a derramarla y recogerla dejando que lloviera inadvertidamente sobre su mano dorada. Él me imitó.

—Hay muchachas muy lindas en Lima —le dije. Giuliano me miró con tal seguridad, con toda su dentadura blanca a flor de labios, que yo tuve una vez más la sensación clarísima de su poder material. Continuamos hablando aún durante un buen rato y luego él se adormeció. La mejilla apoyada en la arena, el brazo tendido hacia mí, con la palma de la mano entreabierta. Al cabo de un momento, la tranquilidad y el ardiente sopor vespertinos me adormecieron igualmente.

(Calles desiertas de Lima. Desierto de calles sin lluvia. Balcones deshabitados sobre la tierra desierta. Habitaciones desiertas. Jardines desiertos. Templos desiertos. Habitantes desiertos. Acantilados de arena junto al mar. Mares de arena. Habitaciones de arena. Jardines de arena. Castillos de arena. Personajes de arena. Arena. Casas de barro de periferia hambrienta. Barrios hundidos en el fango. Construidos con casuchas de latas y cajones de fruta que todas las noches se llenan de ratas y olores nauseabundos. Cementerio de aviones de papel amarillo. Papel cagado en el aire. Gallinazos gordos. Lombrices amarillas. Caras amarillas. Rímac amarillo. Larguísimos ríos de asfalto. Jardines opulentos. Templos y palacios refulgentes. Millares y millares de automóviles, al mar. Residencias vacías sobre mares de esqueletos. Momias con saco y corbata. «Por favor, ¿vive aquí Giuliano, fabricante de helados y chocolates?»». Vestido blanco. Camisa blanca. Gran casa blanca. Laseñora Blanca. Cadillac blanca. «El desierto da sed, mi querido. ¡Qué idea! ¿Y tus hijos?». «En Estados Unidos». ¿Será blanca la osamenta de un indio en el desierto? Gallinazos de parroquia ¿lo sabéis? Niños jugando en la mierda ¿lo sabéis? Pelotas de caca, cráneos con sarna ¿lo sabéis? ¿Huesos quemados, caras verdosas? El desierto los calcina. Hace calor, ¿no es verdad? ¿Tomamos un helado? En Los Nazarenos habrá fresco. Recemos al Señor de los Milagros. No seas cojudo, ¿para qué rezarle? Róbale una vela y te la metes en el culo. ¿Qué más quieres, cholo de mierda? Dice Giuliano: «No me puedo quejar. La gente responde. Figúrate que el próximo año abro una fábrica en Santiago. Un honor para el Perú». Una fábrica de helados. Siete fábricas de helados. Setentisiete fábricas de helados. Helados y chocolates, no te olvides. La mierda llega al mar en confección de luxe. «Mierda made in Perú». ¡Qué idea! ¿Y tus hijos? Millares y millares de automóviles. Al mar. Aves guaneras, gallinazos blancos, al mar. ¿Y tú, Mayana, tú, que nunca viste el mar? No lo verás nunca. El cielo gris de Lima, las estrellas de Lima, son de trapo. Una bandera ¿entiendes?, una bandera. Envolverás tu hijo en ella y ya no serás peruana ni chuncha ni nada. Al costo irrisorio de 600 dólares ejemplar tendrás un hijo blanco. Trabajaré en la Base Experimental Cafetera de Venus. ¿Es acaso el hombre el único consumidor de café en este mundo? Un hijo blanco con los ojos verdes, ¿entiendes? No es lo mismo que un hijo verde con los ojos blancos. Comidos por la sarna. No es lo mismo que un juguete de barro cocido. Que un juguete de papel cagado. Que una sonrisa pestífera y sin dientes. Que diez uñas negras arriba. Diez uñas negras abajo. Y en el centro una barriga llena de tierra de sapo embrujado aplastado pateado. No, no es lo mismo. El Presidente de la República abrazará conmovido al primer indio convertido en blanco. ¡El Señor de los Milagros en la Casa Blanca, finalmente! ¡Abajo el bacilo de Koch! ¡Abajo la sífilis! ¡Viva la

televisión y el cine! ¡Rascacielos de plexiglás... luna de nylon! Al mar calles desiertas. Balcones desiertos. Habitantes desiertos. Al mar casas de barro. Virreyes hediondos. Condes y marqueses de pacotilla. Al mar chinganas inmundas. Palomillas piojosos. Callejones con llanto y disentería. Chifas con carne de rata. Al mar. Al mar comerciantes panzones. Fábricas de helados y chocolates. Políticos vendidos. Maricas pintarrajeados. Muladares humanos. Al mar, palacios y jardines envenenados. Prostitutas de rango. Burócratas ladrones. Trepadores sin alma, al mar. Al mar, mierdas.

Un día los limeños se despertarán llorando y toda la ciudad desaparecerá en un mar de fango. La maravillosa Fundación de Lima tendrá lugar sólo entonces).

Hacia el atardecer, una brisa fresca había sucedido al espantoso calor. Giuliano se incorporó de un salto, estiró los brazos al cielo con un aullido de satisfacción y me dio varios golpes con el pie. Yo me desperté y lo miré desconcertado. Luego corrimos hacia el agua y nos zambullimos nuevamente, gritando como pájaros.

Nunca como entonces el universo me pareció penetrado de viejos designios. La tarde caía velozmente. Una diosa agreste y solitaria —la serpiente boa— parecía vigilarnos desde todos los rincones. Ella defendía los augustos poderes de la reproducción y de la siembra, castigando con su feroz abrazo a quienes los transgredían.

Terminado el baño nos dirigimos al naranjal para vestirnos y partir. El sol se había casi ocultado y una penumbra rojiza invadía la tierra. El cuerpo empapado de Giuliano brillaba en el incendio vespertino. Giuliano como Orfeo. ¿Habría de pagar por su insolencia? ¿Cuáles infiernos de fealdad y de miseria lo esperaban más allá de su divino naranjal?

El dios marchaba entre las ramas sin ocuparse de mí. Yo lo seguí entre el follaje esmeralda. Habíamos dejado las ropas a unos pasos, adentro del bosque, y él me abría camino sin decir nada. Durante algunos minutos continuó hurgando en la penumbra, sin encontrarlas. De improviso se detuvo ante unas matas, y mi cuerpo desnudo que lo escoltaba a unos pasos de distancia se encontró violentamente con el suyo. Giuliano se volvió con sobresalto. «¿Qué pasa?», preguntó. Pero ya era demasiado tarde. Sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo, como si una fuerza superior se hubiera apoderado de nosotros, en un instante nos encontramos estrechamente abrazados. ¿Qué sucedería entonces? ¿Cómo renunciar a ese instante de libertad, en abierta beligerancia con las leyes de la selva? ¿Pereceríamos acaso entre los anillos de la bestia? La serpiente que había unido a Adán y Eva en el Paraíso Terrenal nos separaba ahora sin piedad, odiosamente sorda a los mandatos del cielo.

Ella nos aguardaba en la cima de un altar construido sobre pirámides de cráneos humanos y armas derrotadas a través de los siglos y ruidos de tambores y hambres y masacres y maldiciones sin fin acompañarían nuestra alianza. Los indios llegarían

luego, quemarían nuestros restos en la floresta y arrojarían las cenizas al río. Los designios de la boa se cumplirían por sobre los designios del cielo y nadie sería capaz de arrebatarse ese poder. Correríamos espantados entonces, el uno al extremo opuesto del otro, restableciendo así la inexorable distancia existente entre la criatura y el dios. Tal sería el precio de nuestra existencia. La abominable victoria de la tierra sobre los poderes celestes.

Ruido de pasos en la escalera. Alguien tocaba la puerta. Tú barrías la habitación siempre desnuda. Yo me cubría con las sábanas. No soportaba el polvo de París. Tú te envolviste en una bata y abriste. Era Giuliano. ¿O tal vez abriste y luego te cubriste con la bata? Yo descubrí la cabeza por entre las sábanas.

—¡Entra si quieres! O si no, espéranos abajo. Un minuto solamente.

Dijo Giuliano:

—No importa, no importa. Ya que estoy aquí, me quedo. Ça va, mademoiselle? C'est très jolie!

—Qu'est-ce que c'est jolie?

—Votre robe!

—Ce n'est pas une robe.

—Oh, c'est la même chose! Molto bella! Vuole andare cena questa sera? Portare io ristorante molto buono, molto elegante. ¡Dile tú que se ponga lo mejor!

—Tiene un solo traje. El de siempre.

—¡No importa, no importa! Es muy guapa tu amiga. ¡Quién como tú que te das la gran vida en París, sin preocupaciones, sin familia! A propósito, recibí telegrama de Lima. Tengo que partir mañana.

—¿No digas? ¡Qué lástima!

—¡Es una lata! Si no estoy, todo se va al diablo. ¿Te conté que abriremos una fábrica en Chile?

—Creo que sí.

—Pues tengo que ir a Santiago. Parece que hay dificultades con la licencia. En fin, veremos. ¡Qué perra vida! Pero ¿dónde está Giulia?

—Habrá ido al baño.

—¿Al baño? Creí que no tenían.

—Está en el rellano de la escalera. No es un baño en realidad sino un retrete.

—¡Ah!

Ruido de pasos en la escalera. Alguien tocaba la puerta. Dijo Giuliano:

—¿Abro?

—Sí, por favor.

Giuliano abrió la puerta con precaución esperando encontrarse contigo. Pero no eras tú. Entró mi madre vestida de negro, gran sombrero negro, zapatos negros. Dijo mi madre:

—¿Todavía en la cama? ¿No te da vergüenza a esta hora?

—No tengo nada que hacer.

—¡Qué felicidad! ¡No tiene nada que hacer! ¿Qué le parece su amigo, Giuliano?
¡No tiene nada que hacer! ¡Qué buena vida!

Dijo Giuliano:

—Es lo que digo yo. ¡Quién como él que no tiene preocupaciones! ¡Y yo que tengo que partir mañana!

—¿A dónde va usted? —preguntó mi madre.

—A Santiago. Viaje de negocios, ¿qué quiere usted?

—¡Me parece muy bien! ¡Qué feliz sería su madre si viviera! ¡Si su seriedad sirviera de ejemplo! Yo he perdido la esperanza —mi madre se quitó el sombrero y se sentó en el borde de la cama, componiéndose el cabello.

Ruido de pasos en la escalera. Alguien tocaba la puerta. Dijo Giuliano:

—¿Abro?

—Sí, por favor —Giuliano abrió la puerta nuevamente y entraste tú, apenas cubierta por la bata. Mi madre volteó la cara sin saludarte. Tú desapareciste tras un biombo—. ¿Cómo va la fábrica, Giuliano? —preguntó mi madre.

—¿Cuál de ellas, señora? —mi madre rió de buena gana.

—¡Es verdad! ¡Qué tonta soy! La fábrica de helados quería decir.

—Muy bien, señora. Francamente no puedo quejarme. La gente responde. Lo importante es darle productos de calidad.

—¡Ah, sus helados son riquísimos! ¡Una verdadera delicia!

—Gracias, señora. Modestamente creo que ni en Europa he encontrado mejores. El ritmo de producción ha aumentado el año pasado en un buen treinta por ciento. Este año será mucho más. Repito, la buena calidad rinde siempre.

—Y los precios bajos, me imagino.

—Ciertamente. Van en proporción inversa a la producción. Con un consumo menor me vería obligado automáticamente a aumentar el costo al por menor.

—Naturalmente. Pero tienen ustedes una organización de primera por lo que parece.

—Sí. No descuidamos nada. La distribución capilar y autónoma se impone con un producto así. Y la publicidad no deberá cambiar de ritmo al menos durante dos años más. Después veremos.

—¡Una maravilla! Se ve que es usted medio italiano. Nosotros los peruanos no somos capaces de nada. Aquí tiene usted el ejemplo viviente —mi madre volvió a mirarme con intención, mientras Giuliano sonreía de manera imprecisa.

—A propósito —continuó mi madre—, la receta del helado ¿es italiana, verdad?

—Sí —respondió Giuliano, titubeante—, debe ser napolitana. O siciliana —yo no pronuncié una palabra. «¡Ignorante!», pensaba: «¿No sabes ni siquiera quién fue Bernardo Buontalenti, alias Bernardo delle Girandole, alias Giuliano Delfini? Un adolescente de 16 años salvado del derrumbe de la Costa San Giorgio, en Florencia,

hace cuatro siglos. Como tú a orillas del Tulumayo. Inventor del helado y maestro de Francesco, hijo de Cósimo de Médicis, su salvador. Experto de balística, pintura, dibujo, arquitectura, hidráulica, pirotécnica, jardinería, física, alquimia, constructor de autómatas, de misteriosas máquinas inútiles, de fabulosas fuentes musicales, coreógrafo sublime de los funerales de Miguel Ángel, de las bodas de Virginia de Médicis con Cesare d'Este, Bernardo brilló fastuosamente en su Florencia natal hasta el día de su muerte, la cual tuvo lugar en medio de la miseria y de la ingratitud humana. ¿Sabías tú eso, Giuliano? ¿Tú que vives groseramente con la más oscura e insignificante de sus fantasías? ¿Con las más inútiles migajas de su ingenio brillantísimo?».

Ruido de pasos en la escalera. Alguien tocaba la puerta.

—Giuliano, ¿quieres abrir por favor?

Giuliano dio unos pasos y abrió la puerta con violencia. Mi tío Miguel entró chorreando agua. Se quitó el sombrero y el impermeable y los arrojó en una esquina.

—¡Maldito clima! —vociferó—. ¡No comprendo cómo se puede vivir en este país!

—Es el otoño —murmuré.

—¡Qué otoño ni qué cuernos! ¡Clima de porquería!

Dijo mi madre:

—Tú lo que sueñas es el clima de Lima. Sin lluvia, sin invierno, sin insectos —yo me incorporé sorprendido.

—¿No te gusta a ti tampoco el clima de Lima? —le pregunté.

—¿Quién ha dicho que no me gusta? Soy limeña. Es natural que me guste. Sólo que estoy vieja y no le encuentro la gracia.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿De qué gracia estás hablando? —replicó mi tío—. ¡Lima es una maravilla!

—Es un desierto —murmuré nuevamente.

Tú reapareciste desde atrás del biombo. Te acercaste a nosotros. Mi tío Miguel se inclinó ceremonioso y te besó la mano. Dijo mi tío:

—Había oído hablar de su belleza, pero confieso que ella supera mis expectativas. Es un orgullo para mí saberla de novia con mi sobrino. ¿Es usted francesa, señorita?

Tú no abriste la boca.

—No. Italiana —intervine. Mi tío volvió a gruñir.

—¡Déjala que me lo diga ella!

—No entiende el español. Puedes hablarle en francés o en italiano, si quieres que te responda.

—¡Sabes muy bien que no hablo lenguas! —estalló mi tío.

Dijo Giuliano:

—Monsieur vuol sapere si vous êtes italiana o française.

—¡Italiana! —exclamaste, desconcertada. Y dirigiéndote a mí—: Je regrette!

—Pas d'importance —Giuliano ofreció cigarrillos.

—Vous fumez, mademoiselle?

—Pas maintenant, merci.

Dijo Giuliano nuevamente:

—Los he invitado a Lima, a mi casa de campo. Espero que se decidan. ¿Qué le parece a usted, señora?

—Pues... me parece muy bien. ¿Y cuándo sería el viaje?

—No lo sé. Depende de ellos.

—Depende de Giulia —dije yo.

—C'est vrai, mademoiselle? —tú hiciste un gesto con los hombros.

—No. Ça dépend de lui.

Ruido de pasos en la escalera. Alguien tocaba la puerta. Tú la abriste e hiciste entrar al recién llegado. El Comisario saludó cortésmente y se dirigió a mí:

—¿Puede usted acompañarme un momento a mi despacho? Es sólo una formalidad.

—Ciertamente —me levanté de la cama y empecé a vestirme tras del biombo. Dijo mi madre:

—¿Se puede saber de qué se trata? Yo soy la madre del señor.

—Es sólo una formalidad, señora. Nada de importancia.

—Ustedes dicen siempre lo mismo y luego enredan a la gente hasta que terminan en la cárcel. ¿Qué es lo que ha pasado? Tengo derecho a saberlo, me parece.

—Pero si te está diciendo que no es nada —intervine.

—¡Por nada no te viene a buscar un Comisario hasta tu casa! ¡Eso no me lo vas a contar a mí!

—Se trata de una simple irregularidad en su permiso de estadía, señora. Pasaba por aquí y he subido, para no perder tiempo. Eso es todo —mi madre miró al Comisario con resignación. Tú te acercaste a él.

—Volete una tazza di caffè?

—No grazie, signorina.

Ruido de pasos en la escalera. Alguien tocaba la puerta. El Comisario la abrió. Una jovencita de cabellos negríssimos preguntó por mí y entró en la habitación casi sin esperar respuesta. Collares multicolores le rodeaban el cuello y caían sobre su pecho ruidosamente. Mi madre la miró sorprendida.

—¡Finalmente! Creí que te habías perdido. ¿En dónde está Pancho?

—No lo sé. Hace tiempo que no lo veo. ¿Por qué?

—¿Cómo por qué? ¿No es acaso tu marido?

—No. Ya no. Nos separamos hace mucho tiempo.

—¡Mucho tiempo! —exclamó mi madre.

—Para mí es mucho tiempo —interrumpió Mayana con firmeza.

Mi madre la miró de arriba abajo. Mi tío Miguel había entrecerrado los ojos y fumaba en una silla, sin decir palabra.

Dijo Giuliano:

—¿Es usted peruana?

—Sí.

—Es un placer conocerla. ¿Vive usted aquí?

—No. Estoy de paso solamente.

—¿Regresa al Perú?

—Sí.

—¿A Lima?

—No. A mi tierra.

—¿De qué parte es usted, si me permite?

—De la montaña.

—¡Fantástico! Lo pensé apenas la vi, pero no estaba seguro. Yo también soy de allí. Me quedan todavía algunas propiedades. Naranjas, café, caña de azúcar. Un poco abandonadas, en verdad. ¿Tiene usted propiedades también?

—No. Yo no tengo nada.

—¡Mucho mejor, mucho mejor! Sin preocupaciones, sin nada que la retenga. La envidia. ¿Viaja usted a Europa con frecuencia?

—¡Ojalá pudiera hacerlo! No es tan fácil.

—Su trabajo, seguramente. Lo comprendo —Giuliano se había acercado a ella y la observaba con avidez.

—No, no trabajo en nada. Simplemente es demasiado caro viajar a Europa.

—¡Extraño que no nos hayamos visto antes! —exclamó Giuliano con entusiasmo—. ¡Y pensar que somos casi vecinos! ¿Puedo tener el honor de invitarla a cenar esta noche? Iremos con Eduardo y con Giulia.

—Me encantaría, pero no es posible.

—¿Por qué?

—Tengo un compromiso.

—¡Ah! —Giuliano se pasó un pañuelo por la frente y le dio la espalda.

—¿Qué noticias tiene usted de Monteyacu, señora? —preguntó a mi madre.

—Un desastre. Es imposible trabajar con esa gente. Son holgazanes, no tienen la menor iniciativa, no piensan sino en el fin de la semana para emborracharse y hacer porquerías. Ya estoy cansada. Pienso vender la hacienda el próximo año.

—Lástima. Siempre me gustó mucho su propiedad. ¿El café cómo va?

—No muy bien. Hemos encargado unos abonos a los Estados Unidos que prometían mucho, pero la verdad es que hasta ahora no veo los resultados.

—Necesitan quizás un agrónomo —dijo Giuliano.

—Quién sabe. Todos esos sistemas modernos no me inspiran confianza. Cuando mi esposo vivía era otra cosa. Él sí que sabía manejar a los indios. Caminaban derechitos entonces. Ahora, con todas esas leyes, resultan más fuertes que nosotros. Yo estoy vieja, y Miguel no quiere saber nada de la montaña, nunca le gustó, ¿verdad, Miguel?

—La montaña es para los salvajes —replicó mi tío, envuelto en una nube de humo. Giuliano rió forzosamente.

Ruido de pasos en la escalera Alguien tocaba la puerta. Mayana, que estaba cerca de ella, la abrió sin titubear. Retrocedió de inmediato. Pancho se dirigió hacia mi madre, casi sin mirar a Mayana, y la saludó respetuosamente.

—¡Pancho! ¡Qué alegría verte aquí! ¿En dónde te habías metido? —mi madre parecía sinceramente feliz de volverlo a ver. Pancho saludó al resto de los presentes con un movimiento de cabeza.

—¿En dónde has estado todo este tiempo, criatura?

—Dando vueltas por allí, señora.

—¿Dando vueltas por allí? ¿Qué quieres decir?

—Quiere decir por allí.

—Por allí. ¿Por dónde?

—Por todas partes, señora.

—¡Ah, qué muchacho tan loco! ¡Siempre en las nubes!

Pancho sonrió misteriosamente y echó una ojeada a su alrededor, como tratando de recordar la habitación. Dio unos pasos hacia mí y me saludó con afecto. Yo terminé de vestirme y lo abracé.

—¡El viejo Pancho! —dije alegremente—. Siempre me acuerdo de ti. ¿Sabes que estás muy bien?

—Gracias, señor. A usted también lo encuentro bien.

—Ya aprendiste a decir mentiras, por lo que veo.

Pancho volvió a sonreír y bajó la vista avergonzado.

—¿Has venido en avión?

—¿En avión? —Pancho parecía extrañamente sorprendido—. ¡Sí, claro, en avión!

—¿Qué escalas has hecho?

—¿Qué escalas? —Pancho se sentía perdido, como si nunca hubiera oído hablar de tales cosas. Era comprensible.

—¿En qué ciudades se ha detenido el avión?

—En ninguna... quiero decir sí, en Nueva York. Perdóneme usted, señor, estoy algo mareado con tanto cambio.

—Y tan rápidos, además. Tienes razón. A mí me pasa lo mismo.

Pancho volvió a sonreír misteriosamente. Pero ¿era realmente Pancho el individuo que tenía delante de mí y que no veía desde mi adolescencia? Era algo

indefinible. Algo entre lo familiar y lo absolutamente ignoto, como el fondo mismo del universo. Su español era, además, casi perfecto. Claro está que habían pasado tantos años. Pero aun así. Había algo en él que me sobrecogía. Que me llenaba de tristeza y de terror al mismo tiempo. Pancho parecía además totalmente fuera de sitio. Esto también era comprensible. Pero no tanto por su falta de experiencia mundana o por timidez, sino por motivos mucho más inexplicables. Como si no estuviera hecho de la misma materia que nosotros. Todos sus movimientos y sus palabras parecían venir desde muy lejos y me eran siempre imprevisibles. Una dentadura postiza había sustituido sus dientes amarillos y su nueva sonrisa era como la sonrisa de un robot de carne y hueso. Algo aterrador. ¿Cómo los demás no se daban cuenta?

Ruido de pasos en la escalera. Alguien empujó la puerta, que había quedado entreabierta. Los americanos entraron saludando bulliciosamente. Traían un par de botellas de whisky. Buscaron vasos en la despensa, los ofrecieron a todos y entablaron conversación de inmediato. Eran grotescos y simpáticos a la vez.

—Do you remember *La guerre*? —preguntó uno de ellos, refiriéndose al Aduanero Rousseau.

—Yes, of course —respondió otro.

—Such wonderful birds!

Se acercaron a la fotografía de un chiwaco en colores, que yo había recortado de una revista y colgado en la pared, muy cerca del lecho.

—How do you call this?

—Chiwaco.

—Oh, yes, I remember. ¿Tienes muchos chiwacos in Perú?

—Hay muchos chiwacos en el Perú. Yo no tengo ninguno.

—You told us you have...

—Yo dije quizás que los tenía, hace mucho tiempo. No ahora.

—Oh, yes, I understand.

Los americanos se agruparon ante la fotografía. El chiwaco parecía mirarlos con indiferencia desde su frágil universo de papel couché.

—It's beautiful! —alguien le pasó una mano sobre las alas sedosas.

—Come on bird! Come on here! You are so nice!

Yo sentía que la rabia me nublabla la vista.

—¡Déjenlo en paz! —exclamé. Pero el chiwaco ya había comenzado a agitar las alas imperceptiblemente. Un instante después volaba por la habitación gritando de terror.

Los americanos soltaron hurras de alegría y corrieron detrás de él, saltando sobre la cama y derribando una silla. Mi madre se incorporó espantada.

—¡Se han vuelto locos! —dijo—. ¿Qué diablos están haciendo?

—¡Cierren la puerta! —grité yo. Mayana la cerró con fuerza y se puso delante de

ella. El pobre pájaro volaba desesperado y chillaba roncamente, arrojándose contra las paredes y la ventana cerrada. Se posó por fin sobre un armario. Los americanos acercaron una silla y uno de ellos subió sobre ella con gran cuidado. Lentamente estiró el brazo hacia el pájaro, pero éste se echó a volar otra vez gritando angustiado. Un sabor de bananas me llenaba la boca mientras a mis pies las nubes cubrían Monteyacu y luego me bañaba contigo en el Tulumayo desnudos los dos hasta el atardecer y buscábamos las ropas en el bosque y tú que me guiabas con tus ojos verdes en la oscuridad y caíamos en orgasmo y nos despertábamos y caíamos en orgasmo nuevamente hasta que el chiwaco desapareció y tuvimos que vestirnos y partir.

—¡Basta! —exclamé, fuera de mí. Corrí a la ventana y la abrí completamente. El chiwaco se posó sobre el armario un instante y luego se lanzó por la ventana abierta hacia la noche europea. Y eso fue todo, Dogaresa. Mi tío Miguel salió dando un portazo y yo me quedé en el centro de la habitación, temblando como un niño. Mi madre nos miraba desconcertada, casi con espanto. ¡Pobre madre mía! ¿Qué habría podido comprender de nosotros? ¿La esperaba acaso Elisa abajo, en la vereda, y Pancho la ayudaría una vez más a montar sobre la yegua? Se alejaría enseguida por el boulevard desierto, cruzaría el Pont des Arts sin descender de la cabalgadura, y nunca más la volvería a ver. Tú me dijiste:

—Elle est sympathique, Mayana. Elle est belle —y yo te lo agradecí. Pero eso no sería todo. ¿Iríamos luego a cenar con Giuliano a Lapérouse o a La Méditerranée o a La Tour d'Argent, como tantas otras veces? No aquella noche, Pajarito. No aquella noche. El Comisario saludó cortésmente a los presentes y me condujo a su despacho.

Ruido de pasos en la escalera. Alguien tocaba la puerta. Tú te envolviste en una bata, te acercaste a ella y la abriste.

Cuando te volví a ver, yacías tendida, blanco sobre blanco, sobre una mesa de mármol. En la Morgue de Venecia.

Empleo sólo las palabras y las letras necesarias en estas páginas. Pretendo que ellas sean la imagen fiel de mis antecedentes y mis errores desde que te conocí hasta el día de tu muerte. He escogido ese momento no tanto por su grandiosidad, sino porque él es para mí un punto de apoyo capital en este recuento. Ese momento fue mi más rumorosa caída durante mi corta marcha terrestre. No puedo desvirtuarlo con el pretexto de un milagro, de una revelación llameante que en realidad no tuvo lugar. Podría escribir: *Yo te amaba, Pajarito, lo descubrí ante tu cuerpo inmóvil, en la Morgue de Venecia*. Pero sería falso. Empleo, por lo tanto, sólo palabras y letras blancas. Letras odiosamente lógicas, inexpresivas, letras de la prosa, de las cartas comerciales y las noticias diarias. Letras para conversar de política y deportes en los bares. Odiosas letras impresas cuyo veneno es la razón, el orden, la discriminación social, la guerra, las ideologías, el mal. Acaricio, en cambio, comunicaciones mucho más remotas e inmediatas. Grandes letras no escritas cuyo esplendor nos ilumine para siempre. Frases secretas con el sentido final de cuanto existe. Pero ¿cómo formularlas? «¿Habla español?». «Moi, je parle français». «Un petit peu seulement». «Italiano anche». «Mio padre ligure». Y los americanos: «Do you remember *La guerre?*». «Yes, sure, it's marvelous». Y las frases ciegas de los monos y los loros burlones. Y el chillido atroz de los chiwacos («Such wonderful birds!») y los tucanes. Y su imposible acento veneciano. Y yo mirándote tendida, sobre una mesa de mármol. Recitando la oración mortuoria de Paracas. YO TE DESNUDO TE RECONOZCO TE ENTIERRO YO TE DESNUDO TE RECONOZCO TE ENTIERRO YO TE DESNUDO TE RECONOZCO TE ENTIERRO. Luego las momias eran cubiertas con mantos admirables, tejidos en homenaje al cadáver y según su rango. La desnudez era totalmente desconocida entre los muertos. «Sí, sí, la conozco». «¿Es usted pariente, esposo, novio, prometido, amigo?». Trato de recordar. Las costillas, la vejiga, el bazo, los riñones. Y cartílagos y nervios, glándulas oscuras e intestinos. La cascada de tu sangre, tu saliva y tu orina. Y además tus ácidos. Tus sales. Crecimientos extraños. Humores. Residuos. ¿Qué cosa fuimos, Dogaresa? ¿Amantes solamente? «Sí, sí, la conozco». «Tome usted nota, Comisario. Se llamaba Giulia. Nos conocimos en París, hace un par de años. No sé, no tengo idea. Sí. Vivimos juntos. Aquí tiene mis documentos. Investigue usted. Es su deber». ¿Qué cosa fuimos? No lo sé. ¿Qué cosa fuimos, Dogaresa? ¿Amantes acaso? Entre tantos verbos inútiles, ¿recordarías el verbo amar?

YO TE AMO

TÚ ME AMAS

ÉL ME AMA

NOSOTROS NOS AMAMOS

VOSOTROS OS AMÁIS

ELLOS SE AMAN

Equivalente a:

YO TE ODI

TÚ ME ODIAS

ÉL ME ODI

NOSOTROS NOS ODIAMOS

VOSOTROS OS ODIÁIS

ELLOS SE ODIAN

Inútil igualmente. La fórmula mágica era simple, sin embargo:

GIULIA + NO - GIULIANO + YO = GIULIA

O también:

MAYANA - TÍO MIGUEL - PANCHO + YO = MAYANA

Energías contradictorias que se podrían resumir en la palabra AMODIAR, o su equivalente ODIAMAR. Pequeños verbos inútiles. Hijos de las vicisitudes. Engendros de la vida diaria. Larvas de la lengua que las Grandes Letras Selladas ignoran. Las Grandes Letras No-Escritas procedentes de la Vía Láctea. Mensajes de amor de una nebulosa Madre en cuyo seno vegetamos para siempre. Como las pirámides, que rechazaban la luz del sol y la transformaban en energía propiciatoria de las lluvias. Si 3000 pirámides recubiertas de metal brillante convirtieron el Sahara en un jardín, 3000 palabras, hijas de las Grandes Letras Selladas, transformarían el lenguaje en un Edén. ¿El Paraíso Terrenal no era acaso el verbo? ¿Y la ribera azul del Tulumayo, y Giuliano, y aquel atardecer de fuego, existieron realmente? ¿O son tan sólo el fruto de estas páginas oscuras, fragmentos de un instante largamente acariciado y jamás conocido? Son interrogaciones inútiles. Como los orígenes de Giuliano. Como su viaje a los Estados Unidos. Como la inteligencia de sus hijos o las virtudes de Blanca, su mujer. Como sus fábricas de helados y chocolates, de margarina, de ladrillos, de puertas y ventanas. Como sus millones. Su seguridad. Su gordura. Como preguntarse:

¿POR QUÉ UNA FÁBRICA DE CHOCOLATES AMANECE EN UNA CIUDAD QUE ANOCHECE?

¿POR QUÉ UNA FÁBRICA DE CHOCOLATES APARECE EN UNA CIUDAD QUE PERECE?

¿O POR QUÉ LA FÁBRICA AMANECE MIENTRAS LA CIUDAD DE CHOCOLATE ANOCHECE?

¿O POR QUÉ LA CIUDAD PERECE MIENTRAS LA FÁBRICA DE CHOCOLATES APARECE?

¿O POR QUÉ EL CHOCOLATE AMANECE MIENTRAS LA FÁBRICA DE LA CIUDAD ANOCHECE?

¿O POR QUÉ UNA FÁBRICA DE CHOCOLATES DE LA CIUDAD AMANECE MIENTRAS LA CIUDAD DE LA FÁBRICA DE CHOCOLATES ANOCHECE?

¿Era entonces Giuliano una simple invención mía? ¿Pero qué cosa había de ridículo y de fatuo en todas estas invenciones mías, que yo mismo me encargaba de destripar como si fueran fragilísimos juguetes? No me quedaría nada entre las manos. Esto era cierto. Pero ¿qué habría de quedar? Excrementos de la lengua. Vanas metamorfosis. Cadáveres verbales flotando en un mar de sangre humana. Todo lo que se llama el saber al servicio de unos cuantos en un mundo regido por el látigo.

Servirme de algunos días de lluvia en la montaña del Perú, de millares y millares de indios explotados, de docenas de pájaros vocingleros, de las mezquindades de un pariente cualquiera, de la pasajera belleza de un adolescente descendido a los infiernos, de la devoción de una veneciana de cabellos rojos ahogada en el Gran Canal, ¿no era sino una coartada, una lamentable triquiñuela para hablar de mí mismo ante un grupo de elegidos?

Falto de luz, mi lenguaje se detiene donde comienza la vida real. Tales son las movedizas fronteras que separan la mixtificación escrita de la verdad pura, desnuda. Los antiguos peruanos, que nada sabían de las letras, no conocían la mentira ni el subterfugio. No conocían la literatura. En el lenguaje oral, fluido, materialmente inestable, mentir, tergiversar, alterar, no eran sino crear, transfigurar, descubrir. Lenguaje y lengua puros, generadores del mito. De fabulosos teoremas verbales que la experiencia cotidiana no es capaz de contener sino en fragmentos. Miserables migajas del festín celeste. Luego, si algo había de quedar, si alguna utilidad tenía el cielo en tierra, los escribas del templo, los quipucamayocs inmovilizaban en uno o varios gestos manuales la entidad del argumento. Nacían así sistemas de cuerdas y nudos de colores, originalmente utilitarios, verdaderas fichas estadísticas de las cosechas, medidas agrarias, zonas de irrigación, censo territorial, etc. Sólo más tarde apareció el poema, entre los dedos del escriba y los del sacerdote del sol. ¿Era tal vez esta divina fragilidad del mito, descendido a tierra nuevamente, la que tanto había asustado a los indios a quienes pretendí iniciar en el juego de los cordeles? ¿Conocían ya lo que tales formas geométricas encerraban? ¿En aquella sintaxis inútil, en aquella matemática gratuita, se ocultaban quizás las leyes mismas de la creación? Ninguna computadora de vigésima generación, o posterior a ella, podría descifrar, durante miles de años de incesante trabajo, lo que un solo nudo de color ocultaba en su seno impenetrable. En la brillante desnudez conceptual de aquellos gestos latía la unidad fundamental de lo creado.

He aquí una tabla de los elementos principales dispersos en los millares de nudos del poema, en los que los colores primarios y los contradictorios, no-colores, blanco-negro, se organizan en tríadas jerárquicas, o trinitades, mientras los complementarios aparecen solos:

UN NUDO BLANCO

LA VIDA

DOS NUDOS BLANCOS

EL AMOR

TRES NUDOS BLANCOS

DIOS-EL PARAÍSO-EL BIEN

UN NUDO NEGRO
DOS NUDOS NEGROS
TRES NUDOS NEGROS

LA MUERTE
LA GUERRA
EL INFIERNO-EL DEMONIO-EL MAL

UN NUDO ROJO
DOS NUDOS ROJOS
TRES NUDOS ROJOS

LA SANGRE
LA REPRODUCCIÓN
LAS ESTRELLAS

UN NUDO AMARILLO
DOS NUDOS AMARILLOS
TRES NUDOS AMARILLOS

LA FLOR
EL FRUTO
EL SOL

UN NUDO AZUL
DOS NUDOS AZULES
TRES NUDOS AZULES

EL AIRE
EL AGUA-EL RÍO-EL LAGO-LA LLUVIA
EL CIELO

UN NUDO VERDE
UN NUDO NARANJA
UN NUDO VIOLETA

LA TIERRA-LA PLANTA-EL ÁRBOL
EL FUEGO
LA LUNA

—Yo adoraba a mi padre —me dijiste una vez, la única vez que me hablaste de ti. El caño del lavabo goteaba incansablemente en el fondo de la pieza.

—Nací cerca de Rialto —proseguiste—, barrio de mercaderes, ruidoso, pestilente. Mi madre tenía un pequeño negocio. Vendía chucherías de toda especie, cintas de seda, guarniciones para uniformes, nuevas y usadas, botones, alfileres, medias de nylon (de contrabando, naturalmente), encajes, foulards, pañuelos. Cosía además para los gondoleros. Yo la ayudaba. Me daba una propina de vez en cuando que yo me gastaba en dulces y helados. Mi padre, mientras tanto, no hacía sino ir y venir con una lancha sin que yo supiera a dónde iba ni de dónde venía, y ni mi madre ni nadie lo sabía. Era muy fuerte. Siempre me traía algún regalo de sus viajes. Muñecas o tacitas japonesas. Retazos de seda de Tailandia. Perfumes franceses. Castañuelas y peinetas españolas. A los catorce años, de regreso de un viaje, me acarició todo el cuerpo y me besó a la fuerza, pero en ese instante llegó mi madre y él me dejó tendida en el suelo, llorando de miedo. Estaba borracho. Mi madre lo echó de la casa gritando como una loca y nunca más lo volví a ver. Yo sufrí mucho por esto. A los 16 años empecé a trabajar en la caja de un bar, pero los marineros no me dejaban en paz y tuve que abandonar el puesto. La guerra acababa de terminar y Venecia estaba llena de toda esa gente. Me enamoré de uno de ellos y me entregué a él.

Te incorporaste en el lecho con la espalda semidesnuda. A través de la ventana los avisos luminosos te cubrían de azul, amarillo, violeta. El caño roto del lavabo goteaba sin cesar.

—Recuerdo nuestros paseos en el Lido —continuaste—, de noche, sobre la arena tibia. Rodolfo me gustaba, me hacía sentir mujer. Tenía la voz muy gruesa y el cuerpo bronceado y musculoso. Durante meses viví obsesionada por él, por el olor de su piel, por el sabor de sus labios y su lengua caliente, con gusto a cigarrillo. Durante el amor me maltrataba y me decía groserías y yo lo amaba más aún. Pero me dejó también. No lo volví a ver más. Mientras tanto, los negocios iban muy mal para mi madre. En casa no se comía sino una sopa al mediodía y la misma, calentada, por la noche. El barrio, devastado por la miseria, todas las noches se llenaba de ratas y olores nauseabundos que venían del mercado. Yo aprendí a matar las ratas con una escoba. Pero en casa entraba el frío, y entraba también el agua y podría las patas de los muebles. Tuve que buscar trabajo a todo costo. Que ponerme el traje ajustado. Que responder avisos económicos y miradas que me avergonzaban. Una agencia que buscaba modelos fotográficos me respondió y viajé a Roma, luego a Turín y por fin a París. De una manera o de otra, siempre he vivido de mi cuerpo.

—¿Quieres un café? —me preguntaste. Yo asentí con la cabeza y tú sin mirarme te deslizaste del lecho, encendiste el gas, pusiste a hervir el agua y preparaste la

cafetera y las tazas. O pusiste a hervir el agua, encendiste el gas y preparaste la cafetera y las tazas. O preparaste la cafetera y las tazas, encendiste el gas y pusiste a hervir el agua. Como todos los días.

Venecia entera brillaba en tus ojos Veronese mientras tus alas de pájaro acuático resbalaban lentamente ante los arcos rosados del Palazzo Ducale los oros y mosaicos de Bizancio suspendidos en San Marcos y los moros con el sexo mutilado que anunciaban el mediodía y el león de mármol igualmente suspendido señalando Constantinopla y Esmirna la crinera de fuego ya tendida sobre el mar eléctrico señalando fango y huesos milenarios y la luna sanguinaria de los turcos en la nuca venerable de Anafesto que caía para siempre en el Adriático infinito en los pinceles de cristal de tus dos ojos brillando como piedras en el fondo del Adriático infinito.

Me trajiste el café y te sentaste a mi lado, sorbiéndolo lentamente. No añadiste una palabra. Había en tu apariencia algo de nebuloso. De amenazador. Como si lloviera siempre dentro de ti. Como si tus ojos fueran rayos. Relámpagos tu cabellera. Truenos tu respiración. Una tempestuosa Madonna de Tintoretto arrastrándose a los pies de un Padre Eterno en andrajos con la sublime túnica henchida por el viento del Adriático infinito que soplaba en tus arterias y pulmones llenos de agua verdosa mientras tu Gran Traje de Seda cobalto descendía lentamente como una nube podrida de algas petróleo e inmundicia hasta el fondo movedizo del Adriático infinito.

Pero si gran parte de tu belleza no era sino una invención mía, era también cierto que ello tú lo sabías de antemano y que vivir a mi lado era para ti una cuestión de vida o muerte. Alimentabas mi cuerpo y satisfacías sus más oscuras necesidades porque de él dependía tu existencia. Ninguna cámara fotográfica, bajo ninguna luz ni reflector conocidos, habría podido describir tu desnudez tan minuciosamente como yo. Esto era cierto. Pero tampoco era todo. Eras enternecedora y catastrófica en dosis sabias, espontáneas. Yo me moría de risa observando tu graciosa delgadez, la elegancia de tus modales.

—Dogaresa —te decía—, esta noche no se come.

Tú no me respondías inclinada sobre una palangana de agua tibia lavándome los calcetines que soltaban otra agua negra fétida cubierta de espuma violácea o vestida con tu Gran Traje de Seda muy ceñido pero delante del espejo con los cabellos rojos levantados en la nuca dispuesta a una noche de orgía pero sin una lira entre los dos pero tan llenos de alegría tan inútiles siempre dando un paso hacia adelante sin moverte con la rodilla *Vogue* hacia un costado y poniéndote cualquier cosa en la cabeza de sombrero la dentadura blanca en *Cheese* blanquísimo descendías en

violento technicolor del papel hasta mi brazo *Squire* de caballero sin pena ni gloria.
Nos íbamos al Pincio entonces.

Al «divino promontorio», como lo llamábamos, aludiendo siempre al pubis. Abajo, Piazza del Popolo era una rueda de luz, con el Obelisco en el centro semejante a un compás, al falo de los dioses. El fragor de los árboles sopladados por la brisa nos hacía felices. El milagro no podía tardar. ¿Cómo las demás gentes no se daban cuenta? Hablaban sin descanso. Se reían tontamente. Tomaban bebidas gaseosas. Sorbían helados de fresa, de menta, de limón. Se daban besos sonoros, estúpidos, vacíos. Besos de niños idiotas. Todos vestidos con saco, camisa y pantalones vacíos y trajes y sosténsenos y calzones vacíos. Pero sobre todo tomaban bebidas gaseosas. Sorbían helados de fresa, de menta, de limón. ¡Idiotas, mil veces idiotas!

El milagro se acercaba con un ruido de tambores bajo tierra. Con un redoble imperceptible en el cielo. Con un silbido finísimo que atravesaba el travertino dorado, los muros rojizos, las piedras y los pinos de la Urbe. Abajo Piazza del Popolo aparecía fosforescente. Una sutil neblina la había cubierto y ascendía como una Nube. O como un enorme Guante de seda que girase velozmente sobre sí mismo, emitiendo radiaciones invisibles.

Tú te habías quedado absorta sobre la terraza. Las cabezas de Voltaire, Calvino, Montaigne, Galileo y demás bustos del jardín escuchaban atentamente una canción de Frank Sinatra, proveniente de un automóvil. Unos minutos más y una inmensa Máquina encendida navegaba sobre nuestras cabezas. La luz era violeta. La Máquina se posó suavemente sobre la yerba, latiendo sordamente, suspirando con indecible tristeza. Una ternura repentina nos invadió ante su vista y los ojos se nos llenaron de lágrimas. La Máquina sollozaba con nosotros y su sufrimiento era mayor de cuanto se podía concebir en este mundo. Su luminosidad se había atenuado y ya casi no se percibía sino aquel dolor inaudito que emanaba de toda su mole. Sin saber por qué yo me esforzaba en dar un nombre a aquella criatura. Pero ¿cuál? ¿Qué cosa era? ¿De dónde venía? ¿Eras acaso tú misma? ¿O Giuliano? ¿O mi madre? ¿O Mayana? ¿De quién se trataba? ¿Qué cosa buscaba entre nosotros? ¿Su llegada había tardado una eternidad, o sólo el instante fugaz de nuestra percepción? ¿Se trataba acaso de un objeto divino? ¿De una estrella? ¿De una insondable materialización de la conciencia? ¿O simplemente de una nueva invención verbal, de un nuevo lujo de mi pensamiento? ¿O quizás todo el misterio residía en nuestro estómago vacío?

La explicación no tardó en llegar. La Máquina cesó de palpar. Sus paredes desaparecieron como por encanto y de su vertiginoso, radiante interior, semejante al primer día de la Creación, al Génesis, al Verbo hecho sangre, brotaron millares y millares de indios miserables, millares y millares de indios miserables, repito, millares y millares de indios miserables, que invadieron todo el jardín provistos de antorchas y armas de toda especie. Aplicaron fuego a cuanto encontraron y asesinaron a golpes de lanza y machete a mujeres y niños. Parecían omnipotentes, con la seguridad de quien ejecuta un rito antiquísimo, manchados de sangre hasta los cabellos.

Al cabo de unos minutos, Villa Borghese ardía entre alaridos de espanto. Los autobuses y los carros policiales y del ejército comenzaron a llegar con un ruido infernal de claxons y sirenas; agentes y soldados descendieron de los coches dándose voces y órdenes incomprensibles. Armados de mangueras, ametralladoras, fusiles y bombas lacrimógenas, desencadenaron una verdadera hecatombe sobre los indios. Éstos arrastraban los cadáveres de sus víctimas y los arrojaban al lago. Otro grupo defecaba tranquilamente dentro de una fuente de agua cristalina. Un río de fango había invadido el jardín arrastrando cuanto encontraba a su paso, tal como lo hacía el Tulumayo en la estación de las lluvias. Los indios se habían trepado a los árboles y lanzaban gritos de triunfo, arrojando sus antorchas en el torrente cubierto de maleza y estatuas mutiladas. La cabeza de mi tío Miguel, con los ojos muy abiertos, pasó delante de mí, arrastrada por ese lodo inmemorial. Luego fue el caos.

Pancho me dio un empujón que me derribó y me amenazó furibundo, apoyándose una lanza envenenada en la garganta. Una suntuosa cascada de plumas descendía desde sus hombros hasta el suelo. Su rostro rayado de rojo parecía encerrar todo el odio del mundo.

(Pero el Papa —todo el amor del mundo— se sentó a su lado y disponiendo con gran cuidado los pliegues de su capa de seda blanca quitándose con parsimonia la mitra de seda blanca y mística flora dorada y casulla y estola de idéntico modo bordadas Su Santidad se sentó a su lado.

La mano enjoyada del Papa ante Pancho una cruz sostenía.

«Hijo mío, el Señor es tu Dueño, tu Protector y tu Guía y esta tierra bendita que ahora pisamos es Su Reino».

Seis Cardenales cubiertos de Púrpura de la tonsura a los pies infantiles de seis majestuosos Rolls-Royce descendidos con seis majestuosos lacayos y seis majestuosos abanicos rodearon a Pancho semidesnudo temblando implorando llorando. Su Santidad tocó su cuerpo bronceado con delicadeza un breve grito de placer ahogando vanamente y mirándose en la cruz como en un espejo el rostro exangüe y pálido de amor a Pancho los pocos rizos rubios y la boca acartonada:

«Hijo mío, el Señor es tu Dueño, tu Protector y tu Guía y esta tierra bendita que ahora Pisamos en Su Reino».

Corte. Escena 124, toma 10: «La Conquista del Perú»).

Pancho se abalanzó sobre ti, desgarró tu Gran Traje de Seda y te arrojó gritando en un charco de sangre de fango de rabia de semen llorando mordiendo arañando en la yerba aplastada y cabellos rojizos cubrieron tu cuerpo tan blanco y el cuerpo bronceado de Pancho amarrados sudados heridos con muslos y culo embarrados pateando la luna tu cuerpo tan blanco sepultado en el cuerpo bronceado de Pancho en un charco de sangre de fango de rabia de semen mordiendo arañando llorando en la yerba aplastada y cabellos rojizos cubrieron tu cuerpo tan blanco y el cuerpo bronceado de Pancho amarrados sudados heridos con muslos y culo embarrados pateando la luna tu cuerpo tan blanco sepulto en el cuerpo bronceado de Pancho en un charco de sangre de fango de rabia de semen mordiendo llorando arañando en la yerba aplastada y cabellos rojizos cubrieron tu cuerpo tan blanco sepulto en el cuerpo bronceado de Pancho en un charco de sangre de fango de rabia de semen mordiendo arañando llorando etcétera etcétera.

Luego Pancho se orinó sobre la estatua de Goethe y dio un puntapié al busto de Petrarca, destruyó un templete erigido en el jardín por los antiguos patricios de la Villa y hurgó entre sus collares olorosos algunas hojas perfumadas que preparó con deleite y fumó en compañía de sus secuaces, debajo de un matorral.

La Máquina celeste se había volatizado mientras tanto, y en su lugar reinaba una

angustia sobrehumana. Con grandes esfuerzos los bomberos habían logrado apagar el incendio, y la policía rondaba por los jardines buscando trazas de los indios. Pero éstos habían desaparecido.

La luz de la luna comenzó a subir lentamente por detrás de Valle Giulia, casi como arrastrándose, y se volcó sobre la terraza del Pincio, iluminando las laderas del divino promontorio. Descendió luego hasta cubrir el espacio circular de la Piazza del Popolo y dibujó nítidamente, sobre el asfalto plateado, la puntiaguda sombra del Obelisco. Los bomberos retiraban con parsimonia las enormes mangueras (la serpiente boa vigila en todas partes, pero si se la desafía hay que hacerlo siempre desde lo alto, como San Jorge montado en un caballo blanco o, como en este caso, desde la terraza del Pincio) y las enrollaban en grandes carretes metálicos, cerrando al mismo tiempo los grifos de agua y saltando sobre las autobombas que partían hacia las avenidas adyacentes.

Sin razón alguna, aquella vez me fue imposible esperarte hasta las 10 de la noche, como era ya costumbre cada vez que debías posar. Pensé que podría encontrarte en el estudio fotográfico y sin perder tiempo bajé la escalinata de Trinità dei Monti y cogí un autobús. Me imaginaba ya la escena, o mejor, me parecía volverte a ver tal y cual te sorprendí la primera vez que fui a buscarte y en lugar del ambiente suntuoso en que siempre te había imaginado posando con toilettes espléndidas te había encontrado pálida y sudorosa apenas vestida con un slip y un sostén negros esperando tu turno en una banca de madera en una habitación semioscura junto a un fotógrafo afeminado, a un ayudante siniestro y a unas dos o tres mujeres igualmente semidesnudas cuyo extraordinario parecido contigo me estremeció.

Pero esta vez tú no estabas allí.

Me dijeron que no sabían nada y que no tenían trabajo para ti hasta la semana próxima.

Mis deseos de verte eran más agudos que nunca. Te estrecharía entre mis brazos y te pediría perdón sin decirte una palabra. Tú me mirarías como siempre, con tus dos ojos maquillados, y no comprenderías nada. Pero ¿qué importaba?

—Debes estar cansada —te diría—, vamos a casa.

—Me pagaron por fin la semana que me debían —responderías simplemente.

—¿Ah, sí?

—No te hagas el tonto. Estoy segura de que no tienes ni un cigarrillo.

Luego me meterías una mano en los bolsillos, buscando el paquete, sin encontrar nada por cierto.

Nos echaríamos a caminar.

Yo compraría una vez más los cigarrillos con tu dinero. Comeríamos y beberíamos en una pizzería. Iríamos a nuestra habitación y haríamos el amor nuevamente. Tú llorarías entonces. Yo te consolaría. Te diría que después de todo éramos felices, nosotros. Que las cosas cambiarían. Que la vida no podía ser siempre igual. ¿Recuerdas? Cuántas veces salimos de nuestra guarida dispuestos a incendiar el mundo, a destruir las arcas municipales, a masacrar a la burguesía reinante, a saquear tiendas de joyas y vitrinas de alimentos. Sólo muy tarde comprendí que no lo hacías pensando realmente en nadie, ni siquiera en mí mismo. Que tu Gran Traje de

Seda sin joyas era un traje cualquiera. Que tu tristeza provenía de tu cuerpo siempre con frío. Siempre en busca de abrigo. Siempre en busca de mis brazos. Que tu cuantiosa rebeldía finalmente no era sino un fraude. Una manera como cualquiera otra de aguzar tus sentidos. Que toda tu infinita lascivia y tu ternura de hembra inocente permanecían sin embargo intactas. Que no existía nada, pero nada de nada entre nosotros aparte de nuestro cuerpo que esto me bastaba para no estrangularte. Para seguir amando tu tristeza. Para seguir deseando tu cuerpo. Para seguir mintiéndome a mí mismo.

Te diría: «Todo tiene remedio, Pajarito, no llores».

Mi tío Miguel comprenderá, ayudará a los indios. Giuliano será nuestro amigo. Venderá todas sus fábricas.

Construirá escuelas en San Ramón. No engordará más.

No te hará la corte en mis barbas. Respetará nuestra pobreza.

Los hijos de Pancho y Mayana crecerán felices.

Se acabarán las guerras, la explotación, la injusticia.

Desaparecerán el hambre, las enfermedades, la miseria.

Poco a poco se alejará la muerte hasta casi desaparecer.

Lloverá finalmente sobre Lima.

Venecia será salvada de las aguas.

Reinará el amor sobre la tierra.

La Montaña de la Beatitud Celeste estará a nuestro alcance.

Mi colección de pájaros regresará alborozada, inundará la tierra con sus cantos, con sus radiantes plumas.

El mundo cambiará, Pajarito.

¡Oh mentira incesante! ¡Monstruo de mil cabezas que apareces y desapareces en un mar de contradicciones, de posibilidades de papel impreso, de inútiles reflexiones que ya nada significan! ¿Para qué engañarte con más y más palabras dispuestas siempre en el mismo orden pálido y mezquino? ¿Por qué no decirte brutalmente la verdad y acabar con todo? ¿O la violencia de la misma habría acabado también contigo y el peso de tu cadáver recaería sobre mí para siempre?

¿Comeríamos —entonces— en la pizzería y beberíamos felices y haríamos el amor como nunca esa noche?

Éstas también eran palabras. Las mismas palabras. Comeríamos —por lo tanto— en la pizzería y beberíamos felices y haríamos el amor como nunca, esa noche.

Como ya lo habíamos hecho muchas veces, en verdad. Aunque esta vez fuera distinto. Como siempre.

Los objetos, las criaturas y los hechos obedecerían dócilmente a mi memoria.

Como siempre.
La cortina rojiza ¿recuerdas? a la expresión cortina rojiza.
La lámpara amarilla a la expresión lámpara amarilla.
La cama revuelta a la expresión cama revuelta.
Tu Gran Traje de Seda por las calles doradas de Roma.
Idéntico a tu Gran Traje de Seda por las calles doradas de Roma.
Las papas fritas de París.
Los chiwacos.
Los tucanes con el gran pico amarillo.
La Montaña de la Beatitud Celeste.
La sangre de Mayana por los muros.
La esperma miserable.
Tú tendida sobre una mesa de mármol en Venecia.
Mi tío Miguel en el trapiche.
Shelah-na-Gig en el burdel.
Como siempre.
Los indios comiendo tierra.
Comidos por la coca.
Las fábricas y fábricas de Giuliano.
Las calles reseca de Lima.
Las calles heladas de La Oroya.
El bistrot Chez Moineau.
LBM112 Seleccionadora Genética Autorizada.
Millones y millones de automóviles, refrigeradoras, televisores.
Todo como siempre.
¿Por qué no todo diferente?

Los chiwacos fritos.
Las papas celestes.
Tu Gran Traje de Seda por las calles reseca de Lima.
La Montaña del Gran Pico Amarillo.
Las fábricas de Mayana.
La sangre de Giuliano por los muros.
Mi tío Miguel en París.
Los indios fabricando automóviles, refrigeradoras, televisores.
Yo tendido en una mesa de mármol en Venecia.
Chez Moineau en La Oroya.
Las calles oscuras de Roma.
El convento de Shelah-na-Gig en San Ramón.
El vestido negro, la camisa negra, la gran casa negra, la señora Negra, la Cadillac

negra.

LBM112 Seleccionadora Genética Prohibida.

La cortina amarilla.

La lámpara revuelta.

La cama rojiza.

PERSONAJES EN ORDEN DE ENTRADA

Giulia

Al contrario de aquel pájaro blanco con el cual siempre la he comparado, Giulia era una criatura sin alas. Era idéntica a él tan sólo cuando me miraba desde el fondo de nuestro lecho revuelto. La divinidad de Giulia brillaba allí, sin matices. Sus cabellos rojos y larguísimos le servían para ocultarse cuando el amor se interrumpía entre nosotros y sus caderas perfectas y su Gran Traje de Seda atraían las manos de los obreros. Hija orgullosa de la Serenísima, la belleza de Giulia era un insulto a la dorada vacuidad del canon. Nada denunciaba en ella a la actriz, y sin embargo, ¡qué bien desenvolvía su papel de personaje principal de mi existencia! Refinada hasta lo inaudito, verdadera deidad fenicia, Giulia perdía siempre porque ganaba con ello. En su misteriosa economía no sobraba ni faltaba una sola moneda luciente. Incluso sus ojos, cuando brillaban, vendían. Por esta misma razón, era la opacidad de su cuerpo la que me devolvía la luz, iluminándome. En sus raros momentos de alegría, Giulia me llamaba «el pordiosero».

Giuliano

Todo lo que recuerdo ahora de él no es sino un adolescente dormido sobre una playa de arena: más me acerco yo, más se aleja él tendido sobre otra playa de arena, y así sucesivamente hasta perderse en la memoria. Palabras, por lo demás, que ahora tornan inútil este papel. En el que bien podría escribir: *Giuliano, gordo de mierda, vividor, explotador de los pobres. Ladrón*. Palabras que me niego a pronunciar en su memoria. Porque si bien Giuliano dejó de existir el mismo día que conocí a Giulia, nada me indica que su desaparición sea definitiva. Su desaparición = mi ceguera. Ésta fue debida sin duda a la completa identidad de mi mirada con su imagen milagrosa. Toda la majestad de sus ojos verdes y su cuerpo solar no fueron suficientes, sin embargo, para desafiar la llegada de Giulia.

Mi tío Miguel

Costeño hasta los huesos, mi tío decidió trasladarse al pie del mar apenas oyó el silbido inconfundible de la muerte. Pero su muerte en las arenas del Perú fue idéntica a su vida en la floresta. Ciertos días húmedos, cruzados por bandadas de aves

inciertas, su esqueleto subía a la superficie como una burbuja, y en un carro halado por dos grandes peces recorría toda la costa, repartiendo sándwiches y chicha a quienes lo seguían. Estas costumbres ancestrales están grabadas en huesos, piedras y demás fósiles de la región y mi tío las conocía perfectamente. Nunca perdió su rabiosa ineptitud para el amor ni su voraz apetito por el mundo. Aun cadáver, irremediamente tendido en su ataúd, el remolino de sus mil arrugas no cesaba de hervirle en el rostro, en un último esfuerzo por obtener cualquier cosa de quienes lo rodeaban. Bajo la tumba, sus compañeros lo llaman el Rey de los Muertos porque él es el único que se come sus propios gusanos mientras ellos lo comen a él y porque él los vuelve a comer mientras ellos lo comen a él y él se los vuelve a comer mientras ellos lo comen a él, etc.

Mayana

Durante su breve reinado, Mayana se movía bajo el cushma rayado como bajo la piel de un tigrillo. Mayana se pintaba también. Aunque no lo hacía nunca siguiendo la línea de los labios o los ojos, sino en las zonas reservadas a los besos pudorosos. Su voracidad incluía la pureza como el apetito feroz del lobo o la serpiente incluye la piel del cordero. Sólo sus pies infantiles, y ya venerables, parecían escapar milagrosamente al incendio que la asediaba. Bajo su incipiente reinado de hojas verdes, nada, ni las grandes fieras del bosque, ni mi más sangriento recuerdo, lograron modificar el óvalo siempre transparente de su rostro. Él perdura en mis sentidos. Me hace comprender cosas que antes sólo me hacían llorar. Su transparencia. Único tesoro que yo poseo y que muy tarde habría de poner a los pies de Giulia.

Pancho

Hijo de la lluvia y de la serpiente boa. Señor indiscutido de la tierra y pariente taciturno del mono. Su pequeña estatura, sus piernas arqueadas, sus pómulos salientes, sus dientes amarillos, no eran sino el disfraz milenario de la jungla. La trampa en la que caían el hombre blanco y la hembra reticente. Dispuestos enseguida a obedecer sus mandamientos. Como aquella cabeza de Misionero que una vez devoró y que miraba fijamente su boca y sus manos manchadas de sangre como quien contempla a un ser supremo. Reducidor de cabezas. Sacerdote del sol y de la luna. Sepulturero. Cazador de leopardos. Arquitecto. Ceramista. Guerrero de flechas envenenadas del Gran Río Azul. Todos sus oficios y sus inmemoriales dones hacían hervir la sangre en sus venas, lo ponían en el umbral extremo, sacerdotal, de lo

ignominioso y lo sublime, como su cotidiano papel de criado sumiso lo indicaba.

Mi madre

Una planicie de azafrán brillantísimo, con algunos naranjos dispersos. El sol cae allí a flechazos y por momentos parece más bien brotar de entre la yerba que llover sobre ella. Yo salto bruscamente de mi cabalgadura y corro por el valle cubierto de luz. Me refugio tras de unos tallos altos, y espero. La tierra emite radiaciones turbias, bocanadas irisadas de calor que mezcladas con el perfume del azafrán adormecen mis sentidos. Una infinita extensión amarilla me rodea sin piedad. Mi madre desciende de la yegua y corre con dificultad hacia mí, llamándome angustiosamente. Se aproxima siempre más y más y vuelve a llamar con la voz quebrada. Oigo ya el crujido de sus pasos sobre la yerba seca. Por debajo de los tallos asoman sus zapatos polvorientos y el borde de su falda, salpicada de florecillas amarillas. Pero yo no le respondo.

Mi madre regresa hacia la yegua y se aleja sollozando bajo la implacable cascada de luz.

El Comisario

Veneciano como Giulia, su dignidad de sabueso bien adiestrado era un espejo para mí. Yo respondía sin engañarlo, sin engañarme, sin inocencia y sin culpa.

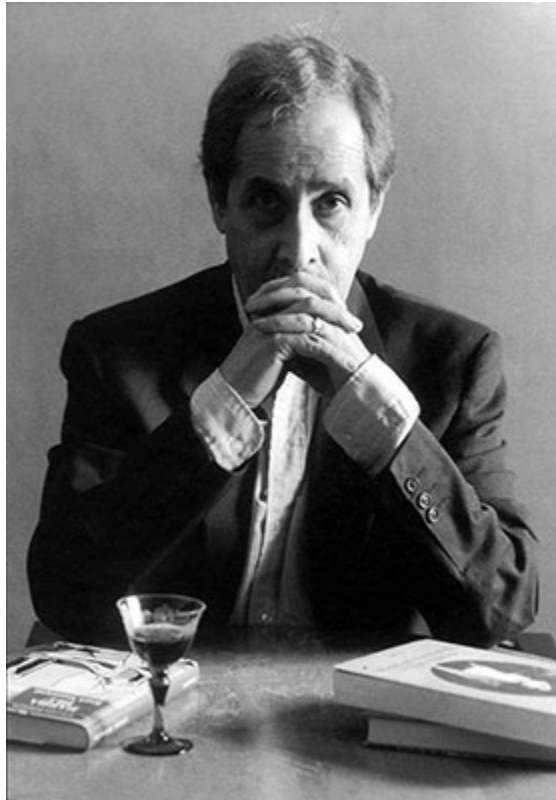
Yo lo sabía sincero, aunque me engañara, con inocencia y con culpa. Usaba pocas armas, limpias y penetrantes, pero no mortales. Su uniforme verdoso tenía una pátina humana que en ningún otro había podido apreciar nunca, dado mi horror por ellos. Única ley vigente para mí: su mirada apagada, de quien mucho perdona. Porque recuerda. De haber sido romano habríamos tomado un vaso de vino a la memoria de Giulia.

El chofer de taxi

Nadie como él para comprender mi infernal multiplicidad. Mis inagotables reservas de dolor y de alegría. La prodigiosa turbina de mis cuatro sangres iguales. Entre sus cejas espesas y las líneas de sus manos, siempre aferradas al volante, a las anchas curvas, a los precipicios, a la redondez de la Tierra, brillaba un futuro sangriento como una luz de peligro. En todo él latían las grandes realizaciones, las grandes iras luminosas, como en una rabiosa crisálida. Como en una larva alimentada por sus propias lágrimas. Sobre sus espaldas macizas se levantaba ya un sol

demoledor que me destruiría, llenándome de euforia.

•



JORGE EDUARDO EIELSON (Lima, 1924 - Milán, 2006). Poeta y artista plástico peruano. Entre sus poemarios más importantes se cuentan *Reinos* (1945, Premio Nacional de Poesía), *Habitación en Roma* (1951), *Noche oscura del cuerpo* (1955), *Mutatis mutandis* (1967), *Sin título* (2000) y las reuniones de su obra dispersa que, bajo el título general de *Poesía escrita*, aparecieron en 1976, 1989 y 1998. Publicó también dos novelas: *El cuerpo de Giulia-no* (1971) y *Primera muerte de María* (1988).

Autoexiliado de su país a partir de 1948, Eielson radicó en París, Roma, Milán y Cerdeña. Su obra plástica, en la que se nota la fuerte influencia de las formas y los mitos precolombinos, figura en los más importantes museos del mundo.